

Los vaivenes teórico/epistemológicos en las ciencias sociales latinoamericanas.

Notas para identificar algunas dimensiones problemáticas en la construcción del conocimiento sobre América Latina.

Isaac Enríquez Pérez^(*)

*Con agradecimiento y cariño para Claire Lafont,
por su apoyo y motivación constantes...*

Este documento está alojado en
"Observatorio de la Economía Latinoamericana"
<http://www.eumed.net/cursecon/ecolat/>
Envíe sus comentarios y valoración
del artículo al autor y/o a coll@uma.es

Resumen: Las ciencias sociales latinoamericanas enfrentan por su propia naturaleza una serie de problemáticas teórico/epistemológicas en la construcción del conocimiento sobre la realidad social. Para una panorámica amplia sobre ello, es necesario partir de los antecedentes histórico/teóricos de estas disciplinas en la región, y con ello formular variadas interrogantes en torno a las actuales dinámicas teóricas, colocando en el centro de éstas a las condiciones actuales sobre los estudios del desarrollo socioeconómico, al impacto del neoliberalismo y de las concepciones posmodernas, a las dimensiones de la llamada crisis teórica, y a los vaivenes institucionales en los cuales se produce el conocimiento de lo social. La tesis central parte de la ruptura teórico/temática ocurrida a finales de los setenta y principios de los ochenta que redefinió el abordaje de América Latina como problema teórico, así como los debates sobre el proceso de desarrollo, con lo cual se ha acentuado la influencia de la ideología neoliberal y posmoderna, consolidándose un eurocentrismo y un marcado sesgo fragmentado y disperso en las teorizaciones; unido a ello está también el natural desconcierto del científico social ante el resquebrajamiento y transformaciones del mundo y las crisis estructurales de las sociedades nacionales.

Conceptos clave: Construcción del conocimiento, teoría social latinoamericana, ruptura teórico/temática, desarrollo socioeconómico, neoliberalismo, posmodernismo, crisis teórica, eurocentrismo.

La ciencia es más que un cuerpo de conocimiento, es una manera de pensar: la manera de pensar científica es imaginativa y disciplinada al mismo tiempo.
El método, aunque sea indigesto y espeso, es mucho más importante que los descubrimientos de la ciencia.
(Carl Sagan, en "El mundo y sus demonios").

^(*)El autor es Sociólogo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México; dedicado a la investigación de temas como el proceso de desarrollo y el nuevo papel del Estado a través de sus políticas públicas ante la intensificación de los procesos de globalización, los estudios sobre el empresariado como actor socioeconómico, así como las dimensiones de los problemas metodológicos y epistemológicos en la construcción del conocimiento sobre América Latina. Ponemos a disposición de los lectores la siguiente dirección electrónica para sostener un intercambio de ideas sobre el tema: isaacep@correo.unam.mx

Es el sentido humano y el papel social de la ciencia, sus consecuencias militares y comerciales, su significación política, lo que está experimentando una revaloración confusa. Mucho que ha pasado por “ciencia” se tiene ahora por filosofía dudosa; mucho que se considera como “verdadera ciencia” se cree con frecuencia que sólo proporciona fragmentos confusos de las realidades entre las cuales viven los hombres.

Está muy difundido el sentimiento de que los hombres de ciencia ya no tratan de representar la realidad como un todo o de trazar un esbozo real del destino humano.

Además, la “ciencia” les parece a muchos no tanto un *ethos* creador y una orientación, como un juego de máquinas científicas manejadas por técnicos y controladas por hombres economistas y militares que ni encarnan ni comprenden la ciencia como *ethos* y orientación. Entretanto, los filósofos que hablan en nombre de la ciencia con frecuencia la convierten en “cienticismo”, sosteniendo que su experiencia es idéntica a la experiencia humana y que únicamente con sus métodos pueden resolverse los problemas humanos (C. Wright Mills, en “La imaginación sociológica”).

Me parece evidente que los estudios de complejidad y los estudios culturales han empujado a las ciencias naturales y a las humanidades, respectivamente, hacia el terreno de la ciencia social. Lo que había sido un campo centrífugo de fuerzas en el mundo del conocimiento se ha convertido en uno centrípeto, y la ciencia social es ahora central al conocimiento. Estamos en el proceso de intentar superar las “dos cultural”, de tratar de reunir en un solo ámbito la búsqueda de lo verdadero, lo bueno y lo bello. Esto es una causa para regocijarse, pero será una tarea ardua de acometer (Immanuel Wallerstein, “El legado de la sociología, la promesa de la ciencia social”).

A estas alturas de la historia, vale la pena repensar a la sociología, reflexionar sobre sus perspectivas, hacer un balance crítico de sus realizaciones, identificar sus *impasses* e imaginar sus potencialidades como forma de autoconciencia científica de la realidad social.

Una tarea compleja y difícil, pero que puede ser realizada de manera selectiva.

No se trata de afirmar que la sociología está en crisis, como si la crisis fuera algo ajeno a la lógica del pensamiento científico. Es claro que hay épocas en las que la sociología parece más o menos en paz consigo misma. Como si su objeto y método estuvieran establecidos, así como hay épocas en las que la sociología pareciera estar más o menos en guerra consigo misma, como si su objeto y método de repente estuvieran siendo cuestionados radicalmente. La verdad es que la sociología siempre tiene altibajos. Más que eso, la sociología tiene la peculiaridad de cuestionar siempre su objeto y método. [...] Entre los argumentos que explican la permanente vocación de autocrítica, evidente en el caso de la sociología, destaca el hecho de que la realidad social es viva, compleja, intrincada, contradictoria, en continuo devenir. Además de las evidentes controversias metodológicas, teóricas o epistemológicas, su objeto de estudio está en constante transformación. Aunque parece estable, normal, funcional, sistémico, armónico, *eunómico*, invariablemente está fecundando la modificación. Siempre se está modificando, cuantitativa y cualitativamente, en términos sincrónicos y diacrónicos, recreando tiempos y espacios

(Octavio Ianni, “La sociología en el horizonte del siglo XXI”).

Introducción.

Dentro de sus intensos y constantes seminarios y publicaciones en la Universidad Nacional Autónoma de México, Don Sergio Bagú nos ha reiterado que “en ciencia, como en la vida humana toda, hay una relación dinámica entre lo que se sabe y lo que se ignora. A medida

que se amplía el terreno que se conoce por la vía científica, se mejora la aptitud para descubrir e interpretar lo que aún se ignora y se comprende mejor la dinámica de la fracción que ya se conocía. Más aún, se amplía la visión de lo sustantivo, es decir, se agrega un capítulo, o siquiera un párrafo, a la teoría” (Bagú, 1997, p. 115). Si las ciencias sociales no tienen posibilidad de la experimentación, recurren a la experiencia y de manera selectiva incorporan en el análisis lo vivido en función de los objetivos de la investigación. El desarrollo de la creación científica se puede condicionar pero no se puede prever con certeza e imponer normas a los objetivos, las pautas, las conclusiones y el ritmo de la creación conceptual. En las ciencias sociales, construir teoría es sintetizar lo que ya conocemos y además, imaginar dinámicas básicas hasta entonces insospechadas o apenas vagamente intuitas (Bagú, 1997, p. 116), en ello está presente la imaginación creadora. Entonces, si “la reflexión teórica consiste en crear un marco imaginativo que contribuya a ordenar los datos y a desentrañar la lógica de las conexiones entre los fenómenos, la teoría en cualquier ciencia es, en parte, observación y experiencia y, en parte, vuelo imaginativo” (Bagú, 1995, p. 7); más aun, crear teoría implica una carga de subjetividad que se objetiva al concretizarse esta teorización.

Es más, construir conocimiento implica preguntarse ¿qué es el método científico? ¿qué vinculación tiene este con la razón científica que se pretende más incluyente? ¿cuál es la capacidad de los científicos sociales para plantearse problemas o interrogantes? ¿cuáles son los problemas que requieren ser planteados? ¿reconocemos los parámetros culturales y los parámetros del discurso del poder que rigen nuestro comportamiento como científicos? ¿hasta qué punto pueden ser controlados dichos parámetros que pesan en el planteamiento de problemas? El problema radica en que “lo fundamental del científico es aprender a pensar lo no pensado [...] Pero aprender a pensar lo no pensado, que supone o implica rompimiento de los parámetros, ese es el desafío. Es un desafío que no podemos dejar librado a la intuición ni a la imaginación, pero que tenemos que saber organizar” (Zemelman, 1989, p.14), entonces surgen interrogantes como: “¿para qué se quiere un conocimiento social? ¿para dar simplemente cuenta de lo sabido de una manera más refinada? ¿o para plantearse problemas que sean relevantes para el futuro?” (Zemelman, 1989, p. 15), y planteamientos que señalan que la excesiva confianza en que lo que tenemos como ciencia, no es un buen camino para buscar alternativas; lo que supone cuestionar el

método científico en cuanto a su subordinación a lo que sería una forma de pensar en un contexto marcado por realidades emergentes.

Frente a ello, América Latina se presenta como una formación social propicia para hacer volar la imaginación creadora que se fusiona con la observación y la experiencia para plantearnos problemas e interrogantes como fundamentos de la praxis científica. América Latina es un incesante mar de diversidad sociocultural, de tipos organizativos que incorporan una historia milenaria y su fusión con los intentos de implantación de la modernidad europea; es más, “América Latina –y la cultura latinoamericana- no es precisamente Estados Unidos, ni Europa occidental; ni el África Blanca, ni el África negra; ni el Cercano Oriente, ni el Lejano. Pero tiene rasgos de todos esos núcleos vitales, en parte porque su historia se ha ido conformando con los retazos de las historias de todos ellos y en parte porque sus macrotipos organizativos contemporáneos presentan todas las variedades que se encuentran hoy en los otros continentes, con la única excepción de los cuadros de la tecnología más avanzada del mundo contemporáneo. El trayecto histórico recorrido por las sociedades humanas dentro del territorio que hoy ocupa América Latina ha abarcado la gama más variada de experiencias organizativas, porque se inicia con un paleolítico tan extendido que llega a ocupar todo el continente y se prolonga hasta crear, en varias regiones, formas entre las más avanzadas de capacidad productiva y expresión cultural del neolítico superior que se conocen en todo el mundo. Todo confluye en América Latina para proporcionar al investigador la más viva y completa experiencia del fenómeno social humano que incluye, para nuestro mal, los más variados escalones de la dependencia económica, política y cultural” (Bagú, 1989/1990, p. 50).

Pese a todo ello, la construcción de conocimiento sobre estas realidades latinoamericanas enfrenta una serie de limitaciones que no sólo implican el desenvolvimiento de la investigación y sus instrumentos teórico/metodológicos, sino que también se extienden a las expresiones histórico/estructurales que caracterizan a la región.

Por todo lo anterior, en el presente documento exploramos las distintas expresiones tanto teórico/epistemológicas como político/institucionales que limitan una dinámica favorable de las ciencias sociales latinoamericanas. No se trata de pensar que todo está perdido en las distintas teorizaciones e interpretaciones, se trata de lograr un acercamiento a

las variadas dimensiones problemáticas que influyen en la construcción de conocimiento sobre la realidad social latinoamericana.

Las limitaciones en la creación de la teoría social latinoamericana son múltiples: desde la ruptura con objetos de estudio que fueron motivo de una fecunda producción teórica hasta los vaivenes histórico/institucionales que limitan la investigación en ciencias sociales, pasando por el eurocentrismo, la llamada crisis de los paradigmas, la relativa ausencia de las teorizaciones del desarrollo como proceso integral, entre muchas otras más. De esta forma, planteamos que nuestro objeto de estudio en esta investigación son las condiciones histórico/epistemológico/institucionales en que se desenvuelven las ciencias sociales latinoamericanas durante las últimas décadas, limitándonos y entendiendo por estas en nuestra investigación, tan sólo a las ciencias económicas, la ciencia política, y en especial la sociología. Por lo que para articular este objeto de estudio tan vasto esbozamos algunas preguntas como las siguientes: ¿por qué han sido abandonados ciertos ejes temáticos que en décadas pasadas fueron inspiración de intensos debates y de inmensas producciones editoriales? en especial, ¿qué ha sucedido con las temáticas que giraron en torno al proceso de desarrollo socioeconómico de la región? ¿qué significa y qué representa para las ciencias sociales latinoamericanas la llamada crisis de los paradigmas? ¿qué factores externos a la estructura teórico/metodológica de las ciencias sociales latinoamericanas han influido para su redefinición?

Las tesis que argumentamos y sobre las cuales gira esta investigación son las siguientes: 1) las ciencias sociales latinoamericanas en las últimas dos décadas han diversificado sus objetos de estudio y en muchos casos subsumido los enfoques y temáticas abordadas en torno al proceso de desarrollo socioeconómico; 2) las teorizaciones sobre el proceso de desarrollo han retrocedido o en muchos casos se han reformulado ante la avanzada de la ideología neoliberal y posmoderna; por lo que 3) se han desarticulado aquellas teorizaciones en torno al desarrollo que representaron la posibilidad de abordar y reflexionar de manera integral a América Latina como un todo articulado, interrelacionado y diferenciado, lo cual 4) también ha sido impulsado por dificultades teórico/metodológico/epistemológico/comunicacionales implícitas en la dinámica interna del discurso propio de estas disciplinas, además de la confrontación que hace con otros

discursos que se dicen interpretadores de la realidad social, tales como los medios de difusión masiva.

Como ningún avance teórico parte de la nada, es necesario señalar la trascendencia del contexto histórico/social y los antecedentes teóricos que posibilitan la creación de conocimiento por parte de una comunidad científica sea para provocar la continuidad, la ruptura o la discontinuidad de/con determinados enfoques y temáticas que han abierto nuevas y elaboradas interpretaciones sobre la realidad social latinoamericana. Es a partir de estos antecedentes histórico/teóricos como articularemos un análisis que nos permita visualizar las variadas dificultades que enfrentan las ciencias sociales en nuestra región.

Finalmente, mostramos una idea esencial que permea de principio a fin a la presente investigación: “Lo que caracteriza al trabajo científico –por contraposición al conocimiento vulgar- no es tanto la exactitud de las respuestas como la rigurosidad de las preguntas. El obstáculo principal que entorpece el avance del conocimiento científico no es el error sino la confusión: una pregunta confusa es mucho más perniciosa que una respuesta equivocada, porque los mecanismos correctivos funcionan mucho mejor en el segundo caso que en el primero” (Borón, 1997, p. 318).

1.- Antecedentes histórico/teóricos de las ciencias sociales latinoamericanas.

Una de las épocas más prolíficas y fecundas en la teoría social latinoamericana es la desplegada entre las décadas de los sesenta y setenta, cuyos ejes temáticos y de investigación se enfocaron a los problemas del desarrollo y el subdesarrollo de la región, por lo que América Latina como objeto de estudio se asumía de manera integral.

Estos debates se presentan ante la constitución y avanzada de la teoría del desarrollo que se genera al término de la segunda guerra mundial. El fin de esta confrontación bélico/geopolítica trajo consigo un nuevo reparto del mundo y el declive definitivo de los países imperialistas que hegemonizaron desde finales del siglo XIX; es entonces como los Estados Unidos se erigen como nuevo hegemon del sistema mundial frente a los otros países que perdieron gran parte de su influencia en vastos espacios territoriales. Los Estados Unidos sin que necesitasen un dominio territorial pleno, marcaron la pauta de los principales organismos internacionales conformados para hacer viable la sociabilidad

mundial y para impulsar la doctrina de “contención” ante un supuesto avance latente de la entonces Unión Soviética; no conformes con ello, las clases dominantes de los Estados Unidos instrumentaron la llamada Guerra Fría para profundizar y fortalecer el ejercicio de su hegemonía en Europa y en las Américas.

Paralelamente a ello, entra en crisis el colonialismo tradicional y surgen nuevos países (Bangladesh, Pakistán, etc.) con independencia política y jurídica; los movimientos de liberación nacional que ocurren en Asia y África desembocan en la supresión del dominio colonial o semicolonial sobre China, la India, Egipto, Turquía, entre otros. Estos nuevos Estados-nación aspiraban a la independencia económica ya que no era suficiente el hacer a un lado la dominación política. Era necesario también formular un discurso que brindase la explicación y legitimación de su inserción a la economía mundial en condiciones de pobreza y desventaja, además de formular posibles soluciones a su atraso.

Mientras que en las latitudes de América Latina se continuaba la incesante búsqueda de la anhelada reafirmación de la independencia política y surgían interrogantes en torno al subdesarrollo socioeconómico. La formación de instituciones político/económicas ligadas al proyecto de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) comienzan a brindar respuestas a estas interrogantes presentes no sólo en América Latina sino en todo el llamado tercer mundo.

Las ciencias sociales se enfrentan a estas nuevas realidades sociohistóricas e intentan aprehenderlas conceptualmente, pues fiel a su espíritu e identidad estas disciplinas que reflexionaron sobre los orígenes del capitalismo, del Estado-nación, de la revolución industrial, de la burocracia, de la división del trabajo y de un proceso más amplio como la llamada modernidad europea, comienzan el análisis sobre las nuevas condiciones geopolíticas, económicas y sociales derivadas del reordenamiento del tablero mundial. Un proceso civilizatorio como la modernidad, por lo general era presentado como resultado de la superioridad cultural de Europa como centro hegemónico y “conciencia reflexiva” del sistema mundial, pues se pensaba que esta región era la realización del espíritu universal, el resultado de la derrota del oscurantismo medieval y la engendradora de dicho proceso, esto es, Europa se ha contemplado como el único lugar donde se generaron las condiciones necesarias para el surgimiento de un modelo de conducta racional para el individuo utilitario. Se pensaba también que la modernidad sería un proyecto a emprender y a realizar

por todos los pueblos en los distintos rincones del mundo, ya que en sí mismo era la expresión del desarrollo y la democracia en las sociedades. Detrás de todo ello, los rasgos de la ideología liberal, e incluso los rasgos de la ideología soviética estuvieron presentes.

La teoría del desarrollo encarnó toda esta cosmovisión. Sus características como propuesta para alcanzar el desarrollo se centraban en que este proceso se pensaba como la adopción de pautas de comportamientos, actitudes y principios propios de la racionalidad económica de la sociedad moderna, la cual se pensaba como necesaria para la creación, maximización y acumulación de riqueza primero en los individuos y posteriormente en la nación. Se trataba de modernizar a las sociedades tradicionales y con técnicas verificar empíricamente el grado de modernización logrado. En suma, “la teoría del desarrollo buscó localizar los obstáculos a la implantación plena de la modernidad y definir los instrumentos de intervención capaces de alcanzar los resultados deseados en el sentido de aproximar todas las sociedades existentes a esta sociedad ideal” (Dos Santos, 1999, p. 15). Se trataba de proponer políticas públicas para transitar a las condiciones de desarrollo de los países del norte del mundo; se trataba de transitar de una sociedad tradicional a una moderna, transitar de comportamientos no racionales y arraigados en las comunidades a comportamientos racionales y universalistas. Para dejar el status de sociedad tradicional se incitaba a iniciar un despegue o *take-off* hacia el desarrollo sin tomar en cuenta la idea de instrumentar algún proyecto social/revolucionario, pero sí diseñar las medidas económicas dentro de un Estado-nación que se compenetrase con una ideología desarrollista. Estas propuestas eran necesarias para exponer y publicitar el crecimiento económico de los Estados Unidos que se dio desde 1945 y para confrontar al modelo de crecimiento sustentado en las políticas centralmente planificadas. Era una concepción que pensaba al desarrollo económico como un *continuum*, donde el subdesarrollo es una etapa previa e inferior al logro del desarrollo, al cual accederían todas las sociedades que impulsen la modernización de las condiciones sociales, económicas, institucionales e ideológicas de tal forma que fuesen una calca de los patrones y principios de los países desarrollados.

Se trataba, en un contexto caracterizado por crisis en la economía internacional tras la primera guerra mundial, los desequilibrios europeos de los años veinte, la depresión que se precipita a partir de la crisis de 1929 y el posterior desenlace de todo ello en la segunda guerra, de encontrar la fórmula y diseñar el proyecto en condiciones de estabilidad para

recuperar el crecimiento e impulsar el desarrollo socioeconómico de las sociedades. Sin embargo, esta teoría del desarrollo constituyó “el arma ideológica de enajenación y de dominio por el imperialismo, de las masas, los pueblos y de las naciones que están surgiendo a la historia mundial a partir de los procesos de descolonización” (Sotelo, Valencia, 1995/1996, p. 20).

En las ciencias sociales latinoamericanas este modelo lineal y acumulativo del desarrollo fue introducido por pensadores como Gino Germani, quien propuso un tipo ideal sobre la sociedad moderna contemplando como rasgos esenciales los siguientes: a) Empleo de fuentes de energía de alto potencial en actividades económicas; b) la institucionalización de mecanismos para absorber los cambios tecnológicos y organizacionales; c) predominio de la actividad industrial sobre la primaria; d) alta productividad per capita; e) existencia de actividades de uso intensivo de capital por sobre las de uso extensivo de trabajo, etcétera. Además de concebir al desarrollo como un aumento en la secularización de las actividades humanas y de las instituciones sociopolíticas (Germani, 1969). Esta apropiación de la teoría del desarrollo y su redefinición formulada en la teoría de la modernización incluía en sus interpretaciones profundas influencias de la sociología weberiana y del enfoque estructural-funcionalista. Muestra de ello fue el concebir en este modelo que las sociedades modernas se caracterizan por la racionalidad implícita en la industrialización y por la asignación de roles en función de la preparación y capacidades de los individuos. Además, “el desarrollo económico es concebido en términos de tránsito de una sociedad ‘tradicional’ a una sociedad ‘desarrollada’. La primera se caracteriza sobre todo por una economía de subsistencia; la segunda, por una economía expansiva fundada en una creciente aplicación de la técnica moderna” (Germani, 1966, p. 71).

Mientras que autores como José Medina Echavarría argumentan que el desarrollo económico es impulsado por el despliegue de la racionalidad económica formal lograda en las relaciones económicas entabladas en una sociedad organizada guiada por principios políticos liberales. En esta visión se trata de conformar un “mecanismo esencial” sustentado en la disposición económica general, en la capacidad técnica y educativa de los individuos, así como en condiciones institucionales de estabilidad política que reflejen la presencia de un grupo social legítimo a cargo de las instituciones políticas, que a la vez sea eficaz y que cuente con una ideología desarrollista.

Haciendo aportes esenciales para la teorización del proceso de desarrollo y del subdesarrollo, pero sin desligarse del todo de la teoría del desarrollo emanada de los países del norte, la Comisión Económica Para América Latina (CEPAL) introduce elementos analíticos que posibilitan el abordaje de América Latina como problema teórico en el ámbito de la economía mundial, rescatando las especificidades del capitalismo de la región y teniendo como central el debate sobre las estrategias del desarrollo. Estos presupuestos analíticos los sistematizamos así: a) La dialéctica centro/periferia, con la cual se demuestra la heterogeneidad estructural de la economía mundial y sus resultados negativos para la periferia; b) el deterioro en los términos de intercambio, tesis que se opone a los argumentos ricardianos sobre las ventajas comparativas propios de la teoría clásica sobre el comercio internacional, además de señalar con ella las disparidades en la productividad del trabajo entre los países centrales y periféricos, así como la transferencia de recursos y valores (ingresos) de la periferia al centro tras el deterioro de los precios de las materias primas frente al aumento del precio de los bienes industrializados, lo cual también conlleva la imposibilidad de retener en esta periferia los beneficios del progreso técnico. En suma, estas tesis entrañan la idea de que no es suficiente sólo analizar la dinámica del comercio internacional, sino que también es preciso abordar la estructura y funcionamiento de las economías que se interrelacionan en este.

Sin embargo, estos presupuestos sobre el subdesarrollo propios de la CEPAL tienen en el fondo una convergencia con los expuestos en la teoría del desarrollo, esto es, no se da una ruptura porque predominan tesis como las siguientes: a) el subdesarrollo es una etapa más del proceso del desarrollo, con lo cual se supone que este proceso es un continuo que entraña economías avanzadas y atrasadas; b) el proceso de industrialización como propicio para alcanzar el desarrollo y librar el subdesarrollo, pues con ello se elevaría la productividad y se capitalizarían los beneficios del progreso técnico mediante el aumento del empleo y la imposición de límites a las presiones que impulsaban la caída de los salarios y de las materias primas, con lo cual se terminaría la heterogeneidad estructural, al tiempo que se impulsaría este proceso con una política deliberada de sustitución de importaciones; c) el Estado al estar situado por encima de la sociedad será la maquinaria institucional racionalizadora para impulsar el proyecto que nos conduzca al desarrollo. Además de estas tesis, se crearon otras que demostraban la originalidad de su pensamiento:

a) el subdesarrollo tiene sus orígenes en factores externos como los movimientos en el comercio internacional que impiden el arribo al desarrollo y la retención en la región de los frutos derivados de este, dejando de lado con esta apreciación a los factores internos y a las relaciones de clase que motivan el subdesarrollo; b) la aspiración a la realización de un capitalismo autónomo tras el logro de relaciones internacionales distintas apoyadas en la validez de las propias decisiones sobre la definición de caminos favorables para América Latina.

Para algunas posiciones críticas, “las limitaciones del pensamiento cepalino son un efecto de su vínculo umbilical con la teoría del desarrollo, además de representar un costo derivado de la posición de clase a partir de la cual la CEPAL realizó sus planteamientos” (Marini, 1993, p. 63). El desarrollo y el subdesarrollo son concebidos por ella como expresiones cuantitativamente diferenciadas del proceso histórico de acumulación de capital (Marini, 1993, p. 64). Después de una década de expansión de las economías latinoamericanas, en la década de los sesenta se ingresa a un estancamiento económico que evidencia las vulnerabilidades del proceso de industrialización, con lo cual da inicio la crisis teórica de esta corriente de pensamiento. Este estancamiento económico fue una crisis de acumulación y de realización de la producción derivada de una industrialización sustentada en la vieja economía exportadora (Marini, 1993, p. 66) y en la importación de bienes de capital que acentuaba la dependencia del exterior, además de la imposibilidad de diversificación de los mercados, enfocándose tan sólo al mercado interno que se vio limitado por las crecientes migraciones del campo a la ciudad que precipitan el desempleo y la marginalidad. Frente a ello, la CEPAL redefine sus planteamientos para poner atención en las reformas estructurales y en la distribución del ingreso; la presencia histórica de la Revolución Cubana así lo demandaba; pero “cuando se abre el ciclo de las dictaduras militares, el desarrollismo cepalino entra definitiva en crisis” (Marini, 1993, p. 69).

A mediados de la década de los sesenta, al interior de este enfoque estructuralista se gesta una ruptura teórica y política tras la revisión de los primeros fundamentos del organismo; esta ruptura orienta la reflexión a las especificidades del capitalismo periférico. Las principales reflexiones al respecto son generadas en organismos asociados a la CEPAL tales como el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES) donde se reúnen especialistas de diversas disciplinas conscientes de que las temáticas del

desarrollo y del subdesarrollo necesitan abordajes multidisciplinarios. Estos nuevos análisis vinculan los factores externos e internos que producen la dependencia, además de que se asume que tanto el desarrollo como el subdesarrollo son las dos facetas que caracterizan a un proceso único como es la acumulación de capital a nivel mundial.

En el fondo de la definitiva crisis teórica del enfoque estructuralista sobre el desarrollo y el subdesarrollo se encontraba también la ausencia de “argumentos sustentables en la ideología keynesiana para legitimar la intervención del Estado y la ‘demanda efectiva’ frente a la crisis y a la inminente intervención de las fuerzas del mercado para resolverla, dejando libremente las explicaciones al futuro paradigma que se convertirá en hegemónico: el neoliberalismo” (Sotelo Valencia, 2002, pp. 14 y 15).

Pero las críticas de mayor profundidad y elaboración a estos enfoques del desarrollo y del subdesarrollo provienen de las versiones renovadas del marxismo latinoamericano (opuestas a las visiones lineales del marxismo ortodoxo propio de los partidos comunistas) que se concretizan en la llamada Teoría de la Dependencia. El objeto de estudio de esta teoría era analizar y explicar las características del desarrollo dependiente ya afianzado en la región tras el ciclo expansivo de la economía mundial iniciado en 1945, ciclo que implicaba la expansión de las empresas multinacionales, de su modelo organizacional llamado Fordismo/Taylorismo y de la inversión enfocada al sector industrial, lo cual desembocó en un modelo de acumulación impulsado por los grupos monopólicos. Con ello, “se abría el camino para la comprensión del desarrollo y del subdesarrollo como resultados históricos del desarrollo del capitalismo, como un sistema mundial que producía al mismo tiempo desarrollo y subdesarrollo” (Dos Santos, 1999, p. 21). Mientras la teoría del desarrollo y del subdesarrollo fueron resultado del dominio colonial y del surgimiento de las burguesías nacionales deseosas de participar en la expansión del capitalismo mundial, la Teoría de la Dependencia fue un esfuerzo crítico para comprender la limitación de un desarrollo iniciado en un periodo histórico en el que la economía mundial ya estaba conformada bajo la hegemonía de grandes grupos económicos y poderosas fuerzas imperialistas que entraban en crisis y se rehacían (Dos Santos, 1999, p. 22).

Se trataba de reflexionar sobre las condiciones específicas de América Latina para constituir un complemento de la teoría del imperialismo creado desde los países periféricos. Por lo que entre las preguntas formuladas por este nuevo marxismo se tienen: ¿cuáles son

los procesos de la economía internacional que llevan al atraso? ¿qué hace posible que se reproduzcan internamente esos procesos y que regeneren a su vez una inserción en la economía internacional que retroalimenta el atraso? con lo cual se transita del análisis de las particularidades de cómo se inserta América Latina en el mercado mundial al estudio de las estructuras internas y la forma como se genera en estas condiciones una nueva reinscripción (Osorio, 1995, p. 38).

Fue la incorporación de la noción de dependencia al marxismo lo que posibilitó el más importante auge de las ciencias sociales latinoamericanas, lo cual por supuesto estuvo plagado de contradicciones y fricciones. Tanto la Revolución Cubana que precipitó el declive teórico/político del marxismo ortodoxo, redefiniendo nuevos patrones en este sentido, así como la acelerada fusión de la naciente industrialización latinoamericana con el capital multinacional que profundizó la problemática social, fueron motores para el surgimiento y desenvolvimiento de la Teoría de la Dependencia.

La Teoría de la Dependencia es heredera de lo más refinado y original del pensamiento y de la teoría social latinoamericanos, entre lo que destaca: 1) la integración de los problemas indígenas a la tradición marxista por parte de José Carlos Mariátegui; 2) la práctica de una sociología con fuerte contenido antropológico, ecológico, psicoanalítico e histórico por parte de Gilberto Freyre; 3) la fusión de una formación en las ciencias de la vida, la medicina, la ecología, y la geografía humana con una visión sociológica, económica y antropológica moderna en pensadores como Josué de Castro, lo cual inspiró el debate mundial no sólo sobre el hambre y su geopolítica, sino también sobre el subdesarrollo como fenómeno mundial, así como la relación entre ecología y desarrollo; 4) un marxismo que en momentos fue metodológicamente limitado, pero que posibilitó a Caio Prado Jr. el crear una obra histórica de gran profundidad sobre los orígenes de la sociedad colonial y el carácter de la revolución brasileña; 5) las raíces existencialistas de Guerreiro Ramos que le permitieron pensar de manera precursora en el nacimiento del movimiento negro contemporáneo, además de enfatizar el contenido civilizador de la lucha del tercer mundo; 6) la visión económica de Raúl Prebisch que trascendía el economicismo tradicional, revelando fuertes implicaciones sociales y políticas sobretodo con lo aportado por José Medina Echevarría; 7) el descubrimiento realizado por Sergio Bagú sobre el carácter capitalista/mercantil y no feudal del proyecto colonial ibérico mediante una

metodología de análisis marxista remozada por los avances de la época trabajados en las ciencias históricas y sociales; 8) el esfuerzo metodológico de Florestan Fernandes para integrar el funcionalismo de corte durkheimniano, el tipo ideal weberiano y la dialéctica materialista marxista, con lo que impulsó un proyecto filosófico-metodológico que se desarrolla en la evolución del pensamiento social de la región; 9) lo alcanzado por Gino Germani en cuanto a la sistematización del enfoque metodológico de las ciencias sociales estadounidenses con su liberalismo exacerbado en la construcción de un modelo de análisis del desarrollo entendido como un proceso de modernización de las sociedades (Dos Santos, 1999, pp. 26 y 27).

Al integrar a estas personalidades y sus presupuestos teórico/metodológicos alejados de la simple traducción de lo importado y de la aplicación mecánica a la realidad latinoamericana, la Teoría de la Dependencia aspiró a ser una síntesis de estas abundantes teorizaciones que en gran medida fueron parte fundamental de sus principales tesis que giraban en torno a lo siguiente: a) El capitalismo latinoamericano muestra un desenvolvimiento específico que se diferencia de las condiciones del capitalismo propio de los países desarrollados; b) "el subdesarrollo no es un estado atrasado y anterior al capitalismo sino una consecuencia de él y una forma particular de su desarrollo: el capitalismo dependiente" (Dos Santos, 1984, p. 180), por lo que son realidades distintas y contrapuestas que están estructuralmente vinculadas; c) la dependencia no sólo representa un fenómeno derivado de factores externos, sino que además se expresa variadamente en la estructura interna que a la vez perpetúan el subdesarrollo de los países, concepción esta que rompe con la falsa disyuntiva planteada entre exogenistas y endogenistas¹; d) para las visiones que más se acercaron a una teoría marxista de la dependencia, este fenómeno "es una relación de subordinación entre naciones formalmente independientes, en cuyo marco las relaciones de producción de las naciones subordinadas son modificadas o recreadas para

¹En el enfoque sociológico de la dependencia elaborado por Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto "...el concepto de dependencia [...] pretende otorgar significado a una serie de hechos y situaciones que aparecen conjuntamente en un momento dado y se busca establecer por su intermedio las relaciones que hacen inteligibles las situaciones empíricas en función del modo de conexión entre los componentes estructurales internos y externos. Pero lo externo, en esa perspectiva, se expresa también como un modo particular de relación entre grupos y clases sociales en el ámbito de las naciones subdesarrolladas. Por eso precisamente tiene validez centrar el análisis de la dependencia en su manifestación interna, puesto que el concepto de dependencia se utiliza como un tipo específico de concepto 'causal-significante' –implicaciones determinadas por un modo de relación históricamente dado- y no como concepto meramente 'mecánico-causal', que subraya la determinación externa, anterior, para luego producir 'consecuencias' internas" (1969, pp. 19 y 20).

asegurar la reproducción ampliada de la dependencia” (Marini, 1973, p. 18); e) el subdesarrollo se relaciona profundamente con la expansión de los países desarrollados vía sus empresas multinacionales, esto es, el subdesarrollo y los desequilibrios de América Latina son resultado de la expansión mundial del capitalismo y de la reproducción de este en su interior; f) este atraso y desequilibrios propios de la región son derivados de un capitalismo *sui generis*, más que de su ineficiencia e insuficiencia capitalista; g) tanto el desarrollo como el subdesarrollo son aspectos diferenciados del mismo proceso universal; por lo que, h) más que aspirar al logro de las condiciones propias de las sociedades desarrolladas, lo que ocurre es una agudización del subdesarrollo con sus respectivos islotes industrializados y modernizados inmersos en las turbulencias del atraso y la marginación; y i) la superexplotación del trabajo representa la especificidad del capitalismo dependiente, pues como concepto aprehende los mecanismos que violentan el valor de la fuerza de trabajo con lo cual se perjudica la esperanza de vida del trabajador como productor; j) se presenta también una ruptura del ciclo del capital caracterizada por el distanciamiento de las esferas de la producción respecto a las esferas de la circulación, esto es, la producción poco se relaciona con las demandas de la población que la producen, o sea, el trabajador sólo juega el papel de productor más no de consumidor; k) el contemplar formas de inserción de América Latina a la economía mundial, tales como las economías de enclave (con el capital extranjero como propietario de los sectores exportadores) y de control nacional (con el capital local como poseedor de estos mismos sectores), y los valores de uso producidos y exportados, para comprender los rasgos del Estado, la economía y las clases sociales, así como la forma de desarrollo dependiente; l) el imperialismo no es un fenómeno externo a la dependencia pues ambos son resultado de la expansión del capitalismo mundial e influyen en las sociedades y economías periféricas al presentarse como elementos que constituyen a sus Estados, sus culturas y a sus estructuras socioeconómicas; m) mientras se mantenga la estrategia capitalista para alcanzar el desarrollo se perpetuarán el atraso y el desequilibrio de la región fomentando cada vez más un “desarrollo del subdesarrollo”, es decir, el subdesarrollo corresponde a una forma específica de capitalismo que se profundiza con el desarrollo capitalista..

Entre las principales limitaciones que impidieron la plenitud de esta teoría tenemos las siguientes: 1) el no lograr articular una economía política de la dependencia, lo cual

implica la ausencia de la formulación de leyes económicas que diesen cuenta de las especificidades del capitalismo dependiente, esto es entendible si se piensa en la procedencia disciplinaria de muchos de sus teóricos (Osorio, 1995); lo cual también fue impulsado por 2) la falta de análisis que brindasen la explicación de estas especificidades; 3) la articulación elaborada de una propuesta teórico/política para alcanzar el desarrollo dentro del modo de producción capitalista mientras no se trascienda a otro como el socialista; 4) la ausencia de análisis que abordasen problemáticas específicas (podemos pensar en algunas como los derechos humanos, la ciudadanía, la cultura política, las políticas públicas, etc.) de la región latinoamericana.

Estas limitaciones se acentúan con el abandono de la agenda de investigación por parte de muchos de sus exponentes, además de la instauración de los Estados Contrainsurgentes en el cono sur que desplazaron de sus países y centros de estudio a muchos teóricos, así como la avanzada de la ideología neoliberal y la caída de los “socialismos realmente existentes”.

Entre otras críticas que se sumaron al debate con esta corriente de pensamiento social tenemos al marxismo endogenista que formula la teoría de la “articulación de los modos de producción” como explicación alternativa a la teoría de la dependencia, y que en la expresión de Agustín Cueva no sólo repite las viejas tesis de este marxismo sino que introduce planteamientos novedosos de la Teoría de la Dependencia como la incorporación al análisis de los factores externos condicionantes para interpretar las especificidades del capitalismo de la región, por lo que el subdesarrollo era pensado como un proceso atrasado e insuficientemente capitalista frente a las expresiones del capitalismo desarrollado (Osorio, 1995); es la inserción de la región a la economía mundial y al ciclo del capital que necesita de expresiones no capitalistas para consolidarse lo que deriva en la generación de esta articulación de los modos de producción en el ámbito de la circulación para constituir más que un precapitalismo una especie de capitalismo *sui generis*.

Pero el ocaso de los análisis sobre la dependencia ya para la década de los ochenta se acelera con la fusión de las fuerzas políticas del marxismo endogenista y del marxismo dependentista, lo que también disminuyó el debate entre estas dos corrientes. Y es la proliferación de los golpes de Estado por parte de los militares lo que coloca en el plano del debate teórico la caracterización del nuevo Estado latinoamericano desde ópticas marxistas

y no marxistas. Se trataba de analizar a los gobiernos militares como regímenes de corte fascistas (Osorio, 1995, p. 75).

1.1.- La ruptura y la reconversión hacia nuevos objetos de estudio.

La ciencia social latinoamericana apoyada en la teoría marxista comienza a declinar para diversificarse los enfoques teórico/metodológicos y los objetos de estudios abordados. Si en las décadas de los años cincuenta, sesenta y parte de los setenta los problemas teóricos giraban en torno a conceptualizar a América Latina como un todo y a analizarla en cuanto a su inserción a la dinámica de la economía mundial, así como a la caracterización de las especificidades del capitalismo periférico y dependiente, teniendo como preocupación central la teorización sobre el proceso de desarrollo y sus obstáculos que conducen a la dependencia mediante enfoques inter y multidisciplinarios; ya hacia finales de la década de los setenta y principios de los ochenta las agendas de investigación asumen por lo general como objetos de estudio la transición a la democracia, los procesos democratizadores de la región, la cultura política y los movimientos sociales. Con estas discontinuidades y rupturas a decir de algunos se presenta la limitante de que “la sociología latinoamericana se niega a dialogar consigo misma. Las corrientes que más han aportado a su quehacer y a la definición de sus perfiles –una, gestada en los sesenta en torno a los problemas de la dependencia y la revolución; otra, que emerge con fuerza en los ochenta y hace de la transición democrática y los movimientos sociales temas privilegiados-, se dan la espalda. No sólo hay discrepancias en cuanto a los paradigmas que orientan la reflexión. También los problemas mismos que ocuparon, y ocupan, la atención de una y otra corrientes provocan reticencias, cuando no el rechazo y la negación, con lo cual no hay posibilidades de discrepancias ni de críticas. Lo que tenemos entonces son posturas que desconocen que hay otros. En estas condiciones no puede haber diálogo ni debate” (Osorio, 1995, p. 19). Esta ausencia de diálogo es en sí misma una problemática en la organización de las disciplinas encargadas de pensar a América Latina; ausencia que se extiende no sólo entre estos enfoques y objetos de estudio, sino que llega en muchos casos incluso a la fragmentación y dispersión de las comunidades académicas intra e interuniversidades. Pese

a esta ruptura temática y de enfoque ha existido la continuidad reflejada en la reflexión comprometida con los procesos políticos y sociales de la región (Osorio, 1995, p. 20).

Esta ruptura se caracteriza porque “el corte generacional, temático y teórico fue abrupto. De Frank y Marini se pasó a O’Donnell y Lechner. De la economía a la política. De la dependencia y la revolución a la democratización, la cultura política y los movimientos sociales. Del marxismo a paradigmas diversos. De América Latina a los casos nacionales, estudios locales o la reflexión general sin referentes históricos específicos [...] El giro no ha sido sólo temático. Es por sobre todo una modificación sustancial en los cuerpos teóricos y metodológicos con los cuales se enfrenta el análisis, al tiempo que permite nuevas formas de vinculación de la teoría con la política” (Osorio, 1995, p. 22 y 95). Con la teorización sobre los problemas del Estado se transita a grandes rasgos de una ciencia social que privilegia el análisis de los fenómenos económicos a una ciencia social que se orienta hacia los fenómenos políticos.

Los objetos de estudio sobre la transición a la democracia son impulsados por la crisis de los Estados Contrainsurgentes sudamericanos y por la aparición de nuevos actores sociopolíticos y movimientos sociales; pero también son limitados por el acentuado reduccionismo político al pensar a estos actores dejando de lado su contexto o al pensar a los procesos democratizadores distanciados de su entorno económico y cultural.

No obstante, la presencia de fenómenos que obstaculizan la plena transición a la democracia, así como el incremento de la pobreza y la marginación, las contradicciones sociales y políticas derivadas de la aplicación del ajuste estructural están propiciando la aparición de nuevos objetos de estudio aparte de los ya mencionados: la llamada sociedad civil, el surgimiento de nuevos actores sociales y económicos, la aparición y comportamiento de las organizaciones no gubernamentales, las condiciones demográficas, los problemas de género, los problemas medioambientales y agrarios, los problemas educativos, el nuevo perfil de la universidad y la educación superior, los partidos políticos y su vinculación con la representatividad y los procesos democratizadores y electorales, los problemas étnicos y culturales, las industrias culturales, la política social, la presencia y consecuencias negativas del neoliberalismo, el aparato de Estado y sus nuevas funciones y desafíos, los empresarios como actores políticos, los procesos de regionalización e

integración económica, así como la aceleración de los regímenes internacionales, el desarrollo regional, entre otros más.

En muchos de estos estudios prevalecen una variedad de enfoques teórico/metodológicos, pero en otros, en el fondo está presente una marginación de la discusión teórica con un acentuado empirismo solo descriptivo de la realidad que no pretende los análisis, interpretaciones y explicaciones macrosociales que contemplen a la sociedad como un todo articulado.

2.- Los debates en torno al proceso de desarrollo y las ciencias sociales latinoamericanas.

Si en los años que corren entre las décadas de los cincuenta y setenta la teorización en torno al proceso de desarrollo fue una tarea central en las ciencias sociales latinoamericanas ¿qué sucede hoy en día con esa discusión? ¿sigue presente el proceso de desarrollo como un objeto de estudio central, o si ha desaparecido como tal qué dimensiones a adquirido en sus redefiniciones? ¿cómo se entiende hoy en día ese proceso en la teoría social latinoamericana?

Nuestra tesis sostiene la idea de que los debates en torno al proceso de desarrollo atraviesan por tres caminos: 1) un *impasse* (sin que ello implique su desaparición absoluta) impulsado por la avanzada de la teoría económica neoclásica y su instauración como ideología rectora que los ha colocado como irrelevantes; 2) las teorías del desarrollo que predominan en la actualidad son aquellas apegadas a planteamientos liberales o neoliberales; estamos hablando de reflexiones como las elaboradas por Robert Putnam (1993a:b) y su concepto de capital social o por Amartya Sen (1996 y 2000) y su enfoque de las capacidades que conducen al desarrollo humano, o las variadas expresiones sobre el medio ambiente y el desarrollo sustentable, así como las teorizaciones sobre los procesos de integración económica; y 3) en muchos casos el concepto de desarrollo socioeconómico se redefine al dejarse de concebir como un proceso integral y al pensarlo como un problema sectorial, es decir, a partir del análisis de un ámbito o un proceso sustantivo de la realidad social como el medio ambiente, las políticas sociales, el sector agropecuario, los problemas étnicos y de género, la democracia y los problemas de la representación, la educación, la superación del neoliberalismo, entre otros, se pretende esbozar una idea del desarrollo

nacional; sin embargo, aunque se rompe con la idea de concebir al desarrollo como un proceso sólo económico, no se logra una articulación analítica de todos esos objetos de estudio para conformar una imagen integral del desarrollo socioeconómico nacional ante la actual reestructuración de la economía mundial y la intensificación de los procesos de globalización, abandonando posturas etnocéntricas; esto es, no se trata de pensar que el abordaje de estos procesos sustantivos sea negativo, lo que intentamos argumentar es la necesidad de una teoría del desarrollo que articule a todos y cada uno de estos temas para aportar una imagen general y abarcadora sobre la dialéctica desarrollo/subdesarrollo.

En otras latitudes del mundo el resurgimiento de las teorías del desarrollo fue provocado por factores como: 1) la crisis del Estado benefactor y del keynesianismo, lo que derivó en la instauración del neoliberalismo; 2) el fracaso de las estrategias de desarrollo independiente y de una especie de socialismo del Tercer Mundo; 3) el éxito que se dio en los países del Sureste asiático; 4) la crisis de la deuda y la vulnerabilidad de los países subdesarrollados que adoptan los programas de cambio estructural impulsados por el *Washington Consensus*; y 5) el declive de los “socialismos realmente existentes” en los países de Europa del Este y su posterior adopción de la ideología neoliberal (Kay, 1993).

En general, la teoría económica neoclásica, las políticas neoliberales y la ideología posmoderna, en gran parte pero no sólo, hicieron de lado a los estudios sobre los procesos de desarrollo y subdesarrollo. Más aun, retomando los testimonios citados por Cristóbal Kay sobre los acusadores de la teoría y la economía del desarrollo: se dice que los representantes de éstas tienen una mala teoría económica que contamina al conjunto de la ciencia económica; más aún, citando a este mismo autor, quienes desean la erosión de la teorización sobre el desarrollo argumentan “*que es probable que la muerte de la economía del desarrollo conduzca a la salud tanto de la ciencia económica como de las economías de los países en desarrollo*” (1993, p. 36)². Otros más como W. Sachs (1992) en la introducción del *The Development Dictionary* editado por él dicen que “la idea del desarrollo es como una ruina en el paisaje intelectual” por lo que “ya es hora de dismantelar esta estructura mental [...] [y de] decir adiós a la idea obsoleta con objeto de despejar nuestras mentes para nuevos descubrimientos”.

² Para esta última cita, Cristóbal Kay retoma de manera crítica los argumentos de D. Lal (1983), *The poverty of “Development Economics”*, Institute of Economic Affairs, Londres.

Pero en el fondo, respecto al proceso de desarrollo como objeto de estudio, la problemática para la construcción de conocimiento sobre la realidad social de la región no radica en estas acusaciones e incitaciones, pues como bien se mencionó con anterioridad, en el norte del mundo se crean teorías del desarrollo que se presentan como hegemónicas no sólo en esas latitudes sino también en las políticas públicas y en la imagen oficial del desarrollo que se tiene en los países latinoamericanos³; el verdadero problema radica en un ya prolongado abandono de parte de muchos científicos sociales latinoamericanos para abordar con bases teórico/metodológicas al desarrollo socioeconómico como un proceso integral y no sectorial que compete a todo el subcontinente; además de evitar asumir a América Latina como un problema teórico que despierte interrogantes y cuestionamientos sobre sus características; y no sólo eso, sino también asumirla como un todo articulado, inserto en la dinámica global y diferenciado por las especificidades de cada una de sus sociedades. Esta labor y discusión en algunos casos a quedado relativamente en organismos y agencias internacionales como la CEPAL y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) con documentos caracterizados por sus descripciones, interpretaciones y un denso contenido estadístico.

Con el advenimiento de la ideología neoliberal y su consolidación como estrategia oficial de desarrollo y ante las consecuencias negativas derivadas de su aplicación en los países latinoamericanos surgen nuevos actores con nuevas y variadas demandas, lo cual hizo pensar al proceso de desarrollo de manera multifacética; con ello hacemos alusión a las demandas y controversias sobre las problemáticas de género, las nuevas políticas sociales para el actual patrón de acumulación (Enríquez Pérez, 2002) y la convivencia del Estado con otros actores sociopolíticos respecto a estas, las desventuras de los sistemas educativos y en especial los vaivenes de las universidades públicas ante las restricciones presupuestales, el papel del indígena y las etnias en la construcción de la democracia, entre muchos otros. Por lo que más que una desaparición y erosión, lo absolutamente necesario es la construcción de una teoría social latinoamericana que rescate las tradiciones señaladas en el primer apartado e integre otras categorías (algunas construidas en la región, otras

³ Para mayores argumentos sobre la hegemonía de las teorías del desarrollo creadas en el norte del mundo y asumidas por organismos internacionales consúltense: Isaac Enríquez Pérez, “El proceso de desarrollo, el Estado y las transformaciones de las políticas sociales ante la globalización”, en Globalización: Revista mensual de economía, sociedad y cultura, julio de 2002, <http://rcci.net/globalizacion>; en Observatorio de la Economía Latinoamericana, Universidad de Málaga, <http://www.eumed.net/cursecon/ecolat/mx/index.htm>

apropiadas y redefinidas al ser provenientes de Europa o los Estados Unidos) como las referidas a la independencia política; el orden; el progreso; la libertad; la marginalidad o marginalismo (Gino Germani); el colonialismo interno (Rodolfo Stavenhagen); los sistemas políticos y los sistemas de poder; la sociedad informal (Larissa Lomnitz Adler), el formalismo autoritario y la economía informal (Víctor Tockman); las relaciones de explotación-dominación y la explotación global; la pedagogía del oprimido y la pedagogía colectiva; la teología de la liberación, la filosofía y la ética de la liberación (Enrique Dussel); la “democracia de todos”, entre otros; lo que también requiere partir de preguntas como las formuladas por Pablo González Casanova: “¿cuáles son los conceptos aportados por las ciencias sociales que hoy siguen teniendo validez? ¿qué contribución importante hicieron a la teoría? ¿cómo se les debe redefinir y acotar en función de los más recientes descubrimientos sobre sistemas, y de las reestructuraciones que el sistema dominante ha logrado alcanzar o ha logrado imponer, y que de hecho planean la situación de un sistema mundial lejano al equilibrio y con contradicciones cuyo desenlace resulta impredecible y deja a la construcción de alternativas, fractales y atractores un futuro inmediato, más problemático que ‘enigmático’, más cuestionable que cuestionante?” (1998, p. 138), a las que agregaríamos: ¿cuáles son las actuales especificidades sociopolíticas, geopolíticas, económicas y culturales de América Latina frente a la dinámica del sistema mundial? ¿cómo contribuye la región a esta dinámica global y qué posibilidades tiene en ella de iniciar y consolidar el proceso de desarrollo? ¿cómo integrar los distintos debates sectoriales y a los diversos actores desde los cuales se piensa la dialéctica desarrollo/subdesarrollo? Con todo este rescate de lo más refinado del pensamiento y de la teoría social latinoamericanos y con esta formulación de interrogantes se presenta la necesidad de tender los puentes para una ciencia social caracterizada por una unificación con apertura donde dialoguen los distintos enfoques teórico/metodológicos para colocar como eje central la discusión y teorización sobre el proceso de desarrollo.

3.- La ideología neoliberal y posmoderna como sombras en la construcción del pensamiento y de la teoría social latinoamericanos.

La ideología neoliberal funciona con un alto contenido dogmático que se presenta como incuestionable, dejando de lado la formulación de la teoría crítica de la tradición marxista y los principios del humanismo, esto es, “la tecnociencia neoliberal nunca coloca como un objetivo básico el alcanzar los valores, objetivos o metas del humanismo [...] ningunea todos los valores que sirvieron a los proyectos humanistas de la edad moderna y sólo conserva las creencias que el pensamiento conservador alentó en torno a las interpretaciones político-científicas de las obras de Newton, de Darwin y de los grandes investigadores de la nueva teoría de sistemas, en particular los vinculados al desarrollo de las matemáticas y técnicas de la comunicación, de la información, del control y de los escenarios de conflicto y consenso en sistemas inestables. Es más, la investigación tecnocientífica neoliberal nunca incluye en su investigación los valores humanistas de la filosofía y la ciencia para hacer de ellos el objetivo central de los modelos de desarrollo económico, cultural, social y político [...] La hegemonía científica que ejerce el neoliberalismo es tal que nos lleva frecuentemente a cometer dos errores: primero, pensar que el ataque se limita al marxismo, y segundo, dar por sentado que el marco teórico de la tecnociencia corresponde al paradigma determinista que viene de Newton (*o al evolucionismo de Charles Darwin o al científicismo de Augusto Comte con su interpretación de la historia como un progreso lineal mediante el orden establecido*), cuando para todo se basa en el paradigma de los sistemas complejos, interactivos, abiertos, organizados, auto-regulados y autopoieticos, es decir, en el paradigma característico de la revolución científico-tecnológica ocurrida en la segunda mitad del siglo XX y puesta al servicio de los intereses particulares” (González Casanova, 1999, p. 63, 64 y 65). Por lo que al ser permeada la investigación por esto, ella se dirige a alcanzar objetivos e intereses particulares. “Desde una perspectiva epistemológica la utopía neoconservadora corresponde a hipótesis muy poco fiables, y cuya validez como generalización y explicación fácilmente desconfirman los datos empíricos sobre todo en lo que se refiere a la política neoliberal” (González Casanova, 1990, p. 96).

¿Cuáles son estas hipótesis de poca fiabilidad? ¿en qué ámbitos de las ciencias sociales latinoamericanas impactan más? Es la ciencia económica, las disciplinas de la administración pública y la mismas teorías del desarrollo y del subdesarrollo que en algún tiempo predominaron en la región las que más sufren el embate de la ideología neoliberal

que se fortalece con la mundialización del capitalismo y con las instituciones que la sustentan. En primer lugar, la tesis inviable de “menor Estado y mayor profundización del mercado para dinamizar el desarrollo” se enfrenta a muchas de las teorizaciones realizadas con anterioridad y que privilegiaban como objeto de estudio al Estado en tanto actor político/económico; en segundo lugar, la apropiación que hace la economía neoclásica del proceso de industrialización como impulsor del desarrollo, contradicción que se presenta cuando una predecesora como la teoría ortodoxa del comercio internacional se oponía a este proceso y privilegiaba la ventaja comparativa basada en la producción y exportación de materias primas, con lo cual se contraponen la anterior estrategia de desarrollo “orientada hacia adentro” con la estrategia de desarrollo “orientada hacia afuera” a partir de la exportación de productos industrializados.

Paralelamente a lo anterior y para reforzar a la ideología neoliberal hace acto de presencia la *concepción posmoderna* y su permanente postura antiteórica que rechaza el universalismo emanado del movimiento filosófico de la ilustración a través de las reticencias de conceptos como “razón”, “verdad” y “ciencia”, teniendo como realidad tan sólo a la combinación de símbolos, juegos de lenguaje, signos sin referentes e ilusiones, que se resisten a la presencia de la razón que demuestre su misticismo; “...este ataque inicial a la noción misma de verdad implica una fuerte crítica a toda concepción de la filosofía como un saber comprometido con su búsqueda, el sentido, la realidad o cualquier propósito ético como la buena vida, la felicidad o la libertad. Es por esto que Christopher Norris señaló que, el posmodernismo termina instaurando ‘una indiferencia terminal con respecto a los asuntos de verdad y falsedad’ en la medida en que lo real es entendido como un gigantesco y caleidoscópico ‘simulacro’ que torna fútil y estúpido cualquier intento de establecer lo que Nicolás Maquiavelo llamaba la *verità effettuale delle cose*, es decir, la verdad efectiva de las cosas: lo que delimitaba la realidad de la fantasía, así como lo que separaba la ficción de lo efectivamente existente, se desvaneció por completo con la marea posmodernista” (Borón, 2000, p. 467). Con la cual se renuncia a toda posibilidad de construir una o varias teorías científicas de la sociedad.

Es más, con ese reniego posmoderno respecto a los “grandes relatos”, respecto a las grandes concepciones de la realidad, en algunos ámbitos donde se difunden las ciencias sociales en México se piensa que tras esa gran etapa creadora de la Sociología crítica

impulsada en los años sesenta y setenta, se ha abandonado la esencia instrumentada por sus iniciadores, con lo que tendió a sobreideologizarse y a perder fuerza ante la diversidad de paradigmas que se plantean y exponen en las aulas, y más aún, ha sido desplazada (en algunos casos) en la docencia por un *neofuncionalismo* reducido a la metateoría y por un *posmodernismo* mal entendido donde se piensa que el cuestionamiento, decadencia y fin de la capacidad heurística de los grandes relatos o macroteorías implica o supone *un no hacer teoría* por parte del científico social. Esto se refleja en comentarios como los siguientes: “el sociólogo no debe dedicarse a hacer teoría pues ya todo está escrito en los manuales”, o en la actitud de vocero del pensamiento eurocéntrico donde se piensa que la teoría del siglo XXI está reflejada en los autores provenientes de esa región del mundo. Todo ello en su conjunto hace pensar que la docencia de la sociología está sometida a la ausencia de discusión, crítica y análisis sobre las aportaciones y limitaciones del pensamiento sociológico, sometida también a una falta de creatividad en la construcción del conocimiento teórico sobre lo que ocurre en el mundo contemporáneo y en el que México está inmerso, y limitada por una dependencia del pensamiento y metodologías eurocéntricas sin una revisión de las tradiciones de investigación y pensamiento presentes en el resto de la América Latina.

4.- Sobre la llamada crisis teórica en las ciencias sociales.

En las ciencias sociales en general, existen enfoques que buscan el origen de la crisis teórica de estas disciplinas: algunos parten de la crítica elaborada a los grandes relatos, a las macroteorías y su enfrentamiento con las microsociologías; otros la ubican en la rivalidad entre los enfoques metodológicos propios de las ciencias naturales y su distinción respecto a las ciencias sociales; otros más piensan en una transformación del objeto de estudio que lleva a una redefinición del método; otros tantos piensan en la incertidumbre de las ideas ante la realidad que se transforma, mientras que otros reducen el problema a las críticas realizadas a la teoría marxista. El revisar estos abordajes sobre la crisis teórica es necesario para voltear a las ciencias sociales latinoamericanas y plantearnos interrogantes sobre la naturaleza de este problema y sobre los rasgos que adopta en la región.

Sobre la crisis teórica vinculada a la crítica de los grandes paradigmas clásicos:

Refiriéndose a la sociología Octavio Ianni (1991) piensa que la crisis de esta puede ser real o imaginaria. Se menciona que los modelos de los teóricos clásicos están en descomposición y que las nociones de sociedad, comunidad, capitalismo, valor (valor de uso y valor de cambio), plusvalía, industrialismo, división del trabajo social, función, conciencia colectiva, clase social, nación, revolución, conflicto, entre otros, han pasado a la historia por obsoletos, por no dar respuesta a las realidades contemporáneas, y según algunos, por no contemplar al individuo. “Se critica el tratamiento histórico, globalizante u holístico y se preconiza la sistemática estructural, neo-funcionalista, fenomenológica, etnometodológica, hermenéutica, el individualismo metodológico entre otros” (Ianni, 1991, pp.115 y 116), para abordar con estos enfoques objetos de estudio como el individuo, el actor social, la acción social, el sentido y motivación de la acción, el lenguaje, la acción comunicativa, los signos, el movimiento social, la identidad, la diferencia, lo cotidiano, la elección racional, el sistema social como ente autorreferente.

En apoyo con la visión posmoderna antes señalada, se observa la tendencia a la constitución de visiones intermedias que si bien son necesarias para la construcción del conocimiento sobre procesos y eventos específicos de la realidad, no son suficientes para la formulación de generalizaciones sobre las regularidades de la sociedad. En suma, se pretende superar y trascender a la teoría de la sociedad moderna industrializada. En las ciencias sociales de las últimas décadas “se debaten prioridades, o reacomodos en cuanto a la inducción cuantitativa y cualitativa, el análisis sincrónico y diacrónico, el contrapunto de las partes y el todo, la dinámica y la estabilidad social, individuo y sociedad, lo objetivo y subjetivo” (Ianni, 1991, p. 120).

“Hay algo de imaginario en el debate sobre la crisis de la sociología. Si es verdad que hay *impasses* reales en el presente, también lo es que las controversias sobre su objeto y método son más o menos permanentes. Se relacionan con las exigencias de la producción intelectual; con la singularidad de la sociología como una ciencia que siempre se piensa, al mismo tiempo que se realiza, desenvuelve, enfrenta *impasses* y se reorienta. Tal vez, más que otras ciencias sociales, ella se piensa críticamente y de modo continuo” (Ianni, 1991, p. 120), más aún, a decir de Robert K. Merton, cada generación de sociólogos identifica a su época como un movimiento decisivo en el desenvolvimiento y transición de la disciplina.

Pero Ianni insiste en la importancia de momentos lógicos para la creación de conocimiento, tales como: apariencia y esencia, parte y todo, singular y universal, sincronía y diacronía, historia y lógica, pasado y presente, sujeto y objeto, teoría y práctica; además de rescatar en el análisis la historicidad de lo social puesto que la realidad social es un objeto en movimiento, haciendo a un lado esa teorización basada en la abstracción que deja la impresión de percibir a los objetos como aislados, en estado inerte, abordados por técnicas cuantitativas e informáticas que no forman parte del objeto. En el fondo se trata de buscar la relación entre las teorías sociológicas clásicas y contemporáneas, pues se organizan bajo principios explicativos fundamentales como: evolución, causación funcional, estructura significativa, reducción fenomenológica, conexión de sentido y contradicción (Ianni, 1991, p. 130), existiendo continuas creaciones y recreaciones respecto al objeto y al método, los conceptos y las interpretaciones, los temas y los lenguajes, existiendo la reiteración de principios explicativos y generándose la innovación paradigmática al verificarse algo nuevo (Ianni, 1991, p. 133).

Este mismo autor insiste en que más que afirmar que la sociología está en crisis, es necesario reconocer que esta disciplina no es ajena a la lógica del pensamiento científico, esto es, la sociología atraviesa por altibajos que la obligan a cuestionar su objeto y su método ante una realidad social en continua transformación y devenir (Ianni, 1995), por lo que también concibe a la crisis teórica como *originada en las transformaciones del objeto de estudio de las ciencias sociales y que desconciertan al sujeto que teoriza la realidad social al producirse una ruptura epistemológica*.

A finales del siglo XX y principios del XXI el objeto de estudio de la sociología revela mutaciones en todos los sentidos, volviéndose más complejo, menos conocido. “Las transformaciones, a veces radicales y sorprendentes, que están ocurriendo en la realidad social, a nivel, local, nacional, regional y mundial, desafían tanto el consenso sobre lo que puede ser el objeto de la sociología, como las codificaciones sedimentadas sobre él. En buena medida, esas conmociones están presentes en reflexiones metodológicas y en disputas que inspiran trabajos, de unos y otros, en el ámbito de la sociología contemporánea; una sociología que se despliega en neofuncionalismo, teoría sistémica, marxismo analítico, marxismo occidental, estructuralismo, fenomenología hermenéutica, teoría de la acción comunicativa y otras orientaciones. De alguna forma, y algunas veces en

grandes proporciones, esas orientaciones de la sociología, en el umbral del siglo XXI, parecen *tentear o balbucear* ante las más sorprendentes metamorfosis de su objeto. Frente a estas transformaciones, la teoría se ve desafiada, cuestionada en lo que se refiere a conceptos e interpretaciones. No se trata solamente de acomodar y reformular conceptos e interpretaciones. También se trata de repensar algunos fundamentos de la propia reflexión sociológica. Hay mutaciones en el objeto de la sociología que desafían las categorías de tiempo y espacio, micro y macro, holismo e individualismo, sincronía y diacronía, continuidad y discontinuidad, ruptura y transformación. Cuando la sociedad se configura simultáneamente como local, nacional, regional y mundial, involucrando grupos, clases y movimientos sociales, relaciones, procesos y estructuras de dominación y apropiación, algunas categorías básicas de la reflexión sociológica se alteran, parecen declinar o emergen desafiando a la imaginación” (Ianni, 1995, pp. 214 y 215).

En los términos de Ianni, la transformación que se hace más evidente y que confronta a la sociología consigo misma es una transformación que ahora se hace explícita y que se expresa en la globalización y su contrapunto que es la diversidad. Estas “transformaciones que experimenta el mundo contemporáneo configuran realidades sociales y mentales más o menos evidentes: la mundialización del capitalismo, incluyendo una nueva división internacional del trabajo y la producción, da lugar a la formación de nuevos bloques geo-económicos y geopolíticos; emergen ciudades globales en las cuales se localizan poderosos centros de decisión, dominación y apropiación; se forman complejas y amplias redes de comunicación, basadas en las técnicas de la electrónica, la informática, los medios de comunicación impresos y electrónicos, la industria cultural; se forma una cultura de masas de alcance mundial que abarca occidentes y orientes, culturas y civilizaciones” (Ianni, 1995, p. 216); por ello la sociología y las ciencias sociales en general tienen que repensar críticamente su método y su objeto de estudio que ha transitado de una *sociedad nacional* a una *sociedad global* que subsume a la primera confiriéndole nuevos significados a las realidades locales, nacionales y regionales. “Además de los problemas empíricos y metodológicos que implica el problema de la globalización, destacan también algunos de índole propiamente epistemológica. Ese es el caso de los contrapuntos micro y macro, tiempo y espacio, presente y pasado, ideología y utopía, sujeto y objeto, etcétera. Sucede que esas categorías de pensamiento, fundamentales en la sociología, no se transfieren pura

y simplemente, en los mismos términos, del conocimiento ya acumulado de la sociedad nacional y el individuo a la sociedad global. La originalidad, la complejidad y la dinámica de la sociedad global no reproducen inmediata y nítidamente lo que ocurre en el ámbito de la sociedad nacional y del individuo” (Ianni, 1995, p. 224). En el caso del contrapunto sujeto y objeto del conocimiento se presenta la situación de que “cuando el objeto de la reflexión sociológica parece original y complejo, muy diferente de la realidad social conocida, el sujeto del conocimiento se revela sorprendido, dislocado, en busca de perspectivas capaces de dar cuenta de lo nuevo y de lo sorprendente. Frente a la nueva realidad social, el sujeto tiene el desafío de buscar y escudriñar la infinidad de perspectivas que se abren. Ya no sólo puede reflexionar sobre la realidad a partir de la perspectiva del Estado-nación, o del individuo como miembro de éste o aquel grupo, clase o nación. Necesita trasladarse a lo largo del espacio y del tiempo, para ubicarse en la perspectiva múltiple abierta por la globalización” (Ianni, 1995, p. 225), por lo que, la globalización del mundo recrea el objeto de estudio de la sociología y exige la recreación de su método; estos cuadros sociales y mentales de referencia alterados por la globalización abren horizontes que permiten repensar críticamente los conocimientos ya producidos sobre la sociedad nacional y el individuo (Ianni, 1995, p. 228). En suma, es una crisis de las ciencias sociales entendida como la redefinición de su objeto de estudio y el trastocamiento epistemológico que sufren sus estructuras heurísticas que teorizaron a la sociedad nacional a partir del modelo de los paradigmas clásicos y modernos.

Al igual que Octavio Ianni, Gilberto Giménez (1992) atribuye la crisis de la sociología a un agotamiento de los paradigmas deterministas o a su sustitución por paradigmas clásicos vinculados con diferentes modelos de explicación racional de la acción. Piensa que la sociología ha estado siempre en crisis, lo cual no es un signo de debilidad o decadencia, revela su dinamismo y su constante afán de renovación teórica, pero no se trata de que “hay una especie de ‘crisis inminente’ que es consubstancial al desarrollo de la ciencia”, es un progreso experimentado a partir de la retroacción, es decir, a partir del retorno permanente a sus ‘principios primeros’ para cuestionarlos y reconstruirlos incesantemente (Giménez, 1992, pp. 13 y 14).

Dice Giménez que la crisis de la sociología en su versión específica y coyuntural se relaciona con la euforia triunfalista de los regímenes neoliberales que son conservadores

respecto al diálogo social y la capacidad crítica de la sociedad; así como también se relaciona con el reflujo histórico del pensamiento crítico de la sociedad. Esta crisis no se presenta con la misma intensidad en todos los países, ni en todas las disciplinas de las ciencias sociales y ni en todas las subdisciplinas de la sociología, sino que les afecta de manera diferenciada. Esta crisis es en primer término, política antes que teórica por su relación con la caída de los “socialismos realmente existentes” y el consiguiente descrédito del marxismo como paradigma crítico (Giménez, 1992, p. 14).

Derivado de esta crisis política se presenta una crisis de mercado o de demanda expresada en la contracción de las matrículas escolares de la disciplina, en el cierre de facultades, en lo ambiguo del perfil profesional del sociólogo y en la depredación de las investigaciones. En su dimensión teórica, la crisis tiene manifestaciones epistemológicas y metodológicas, sobretodo en lo relacionado con el ya mencionado agotamiento de los paradigmas deterministas (con sus características positivistas, holistas y nomológicas) que tienden a explicar la acción del hombre como determinada por causas sociales o psicológicas, y su posterior desplazamiento por paradigmas alternativos que conciben a la acción como orientada por un sentido entendido y construido subjetivamente (Giménez, 1992, p. 16). En el fondo de esta crisis teórica se encuentra *el debate y la polarización sobre la naturaleza de las ciencias sociales en relación con las ciencias “naturales o duras” representadas por las ciencias físico matemáticas, pero mediado este debate por la novedad de que la explicación nomológico-deductiva a perdido el monopolio tras el fuerte predominio de los modelos micro-interpretativos*. Estos paradigmas no siempre son contradictorios o excluyentes entre sí, y muchas veces logran ser complementarios, por lo que la pluralidad de ellos, lejos de ser precariedad científica, es connatural a la sociología, pues es más saludable para ella esta competencia interparadigmática que la presencia de un monismo metodológico importado desde las ciencias nomotéticas.

Para el caso específico de América Latina, algunos pensadores como Edelberto Torres-Rivas argumentan que “la desorientación, en el ámbito de las ideas, es un rasgo esencial de la crisis, si efectivamente se trata de una crisis. Trasladada esta noción a las ciencias sociales en América Latina, la crisis pareciera tener un ‘núcleo duro’ en el centro de su importante desarrollo y maduración actuales: la incertidumbre” (1990, p. 129). Para los años ochenta no se debe pensar en un fracaso de las ciencias sociales latinoamericanas,

sino que la historia caminó en un sentido distinto y estas disciplinas solo han continuado su afirmación. Las ciencias sociales de la región han crecido en tamaño, en audiencia, en interlocutores y han penetrado en la vida pública y política, aportando lenguajes, formulaciones, símbolos y propuestas prácticas. Mientras que la Sociología se ha debilitado en sus pretensiones totalitarias, ha sido sustituida o penetrada por la ciencia política en cuanto al predominio de ciertos temas y al tratamiento y consecuencias de los mismos. Aparecieron en el análisis los procesos de democratización, los movimientos sociales, los procesos electorales, la participación ciudadana, el Estado, los partidos políticos, la democracia y la sociedad civil, “al margen o con el abandono de el gran tema de la posguerra: el desarrollo económico, el cambio social, las razones estructurales. La magnitud de la expansión disciplinaria y con ello la fragmentación temática han favorecido los estudios microsociológicos y terminado, por el momento, con toda pretensión de generalidad regional” (Torres-Rivas, 1990, p. 142). Además, el marxismo dejó de ser la moda intelectual. Pero fundamentalmente, “estamos viviendo una encrucijada donde la historia se acelera y produce confusión. Tal es el signo de la actualidad de la cultura. Con utopías debilitadas, ambigüedades ideológicas. Existe confusión intelectual. Hay una descomposición de las ilusiones sobre un mundo mejor y América Latina no es sino la confirmación, sin duda transitoria, del fracaso de la modernidad. Las ciencias sociales no pueden sino reflejar –como siempre lo han pretendido- esa realidad” (Torres-Rivas, 1990, p. 143).

Para Bernardo Sorj (1991), en América Latina la crisis social se confunde con la crisis de las ciencias sociales. En esta región se transitó de los análisis estructuralistas y de denuncia global a los estudios sobre el papel de los agentes sociales. No basta con afirmar las contradicciones estructurales que colocan a la región como dependiente y subdesarrollada dentro de la dinámica mundial del capitalismo y con sostener que es necesario pretender ser desarrollados superando ese algo que está ausente; no basta esto porque a decir de Sorj “nos falta todavía un pensamiento crítico que sea capaz de enfrentar los diferentes problemas y sus complejidades específicas. Tal vez no esté alejada de esta dificultad la permanencia de veleidades políticas del científico social” (1991, p. 110). Es más, está presente una sociología del deseo en la que los científicos sociales latinoamericanos “proyectaron el deseo sobre la propia realidad social. En lugar de aceptar

las dificultades o la inviabilidad de la transformación revolucionaria, exageraron la importancia relativa de los agentes, procesos e instituciones sociales, al mismo tiempo que desconocieron e ignoraron teóricamente el conjunto de fuerzas y procesos sociales que actúan en dirección contraria a la deseada” (Sorj, 1991, p. 111).

Lo que también sucede es que las ciencias sociales latinoamericanas cuentan con mucha información sobre un mínimo de temas y muy poca sobre temas centrales. “Nuestra crisis no es precisamente por falta de marcos históricos adecuados, sino por cantidad y calidad de la información disponible para proponer explicaciones e hipótesis relevantes” (Sorj, 1991, p. 111). Al exagerar la importancia relativa de ciertas realidades, al exagerar la importancia de los procesos en curso o al desconocer los factores contraproducentes, al no analizar el fondo o el “otro lado” de los fenómenos, al privilegiar el coyunturalismo apoyado en el periodismo político que oscila entre el empirismo y la denuncia, las ciencias sociales de la región corren el riesgo de entrar en un colapso por falta de relevancia. Existe un divorcio entre la gran teoría y los estudios empíricos, lo que va acompañado de la inadecuación de los marcos teóricos globales en los cuales se piensa. El papel de los científicos sociales se caracteriza por una acentuada actitud maniqueísta que visualiza una polarización entre buenos y malos, positivos y negativos, sin contemplar a la sociedad como un conjunto heterogéneo de mecanismos de sociabilidad, que refuerzan tanto la violencia y la exclusión como la convivencia solidaria, y que permean a los diversos grupos sociales, pero cuya superación no implique la destrucción de los grupos favorecidos; “el papel de los científicos sociales no deberá ser el de presentar soluciones arbitrarias, sino el de iluminar situaciones mostrando la complejidad de los problemas que la sociedad debe abordar” (Sorj, 1991, p. 113). Además, el contexto político afecta la percepción de los científicos sociales, sobretudo en contextos donde existe poca participación o diálogo la dicotomía se presenta entre autoritarismo/democracia; por lo que la crítica a la presencia de este autoritarismo condujo a las ciencias sociales latinoamericanas a una “hiperpolitización”, colocando al científico social como un procesador de las voluntades de los grupos marginales, por lo que se tenía la idea de que los estudios sociales deberían estar “al servicio” de proyectos políticos para buscar la popularidad y el aplauso fácil de la audiencia.

En suma, tras rescatar los anteriores análisis e interpretaciones nosotros formulamos algunas interrogantes sobre esta temática para guiar una posible interpretación: ¿existe o no la llamada crisis teórica de las ciencias sociales? y si existiese ¿qué es? ¿qué la genera? ¿cómo influye en las ciencias sociales latinoamericanas? ¿cómo imposibilita la construcción de conocimiento sobre la realidad social de la región?

Retomando a Atilio A. Borón, “no sólo hay un malestar en la cultura. Si se actualiza a fines del siglo XX, con rasgos aún más marcados, el diagnóstico que Sigmund Freud esbozara en la década de los años treinta se advertirá que en el ámbito de las ciencias sociales también hay un ‘malestar en la teoría y con la teoría’, especialmente con aquellas que, con base en la tradición clásica, intentan explicar la evolución de la sociedad en su conjunto” (2000, p. 459). La teoría está permeada por una combinación de nihilismo posmoderno y de tecnocratismo neoliberal que conduce al fastidio de los lectores, pero que también la presenta como incuestionable e inmutable verdad eterna.

Para la Comisión Gulbenkian encargada de abrir las ciencias sociales para reestructurarlas, la crisis teórica tiene su *génesis en la crisis de un modelo de ciencia: aquel que se vino originando desde el siglo XVI, es decir, el paradigma “newtoniano cartesiano”*. El componente “newtoniano” aportaba la idea de que entre el pasado y el futuro existía una absoluta simetría, por lo que se podían establecer certezas imprescindibles para las ciencias naturales, ya que todo el mundo se hallaba suspendido en un eterno e imperturbable presente, en espera del científico que llegase a develar sus secretos; como una visión casi teológica, sostenía que al igual que Dios se alcanzaría esa certidumbre. Mientras que la visión “cartesiana” complementaba y reforzaba lo anterior al postular un dualismo insalvable entre el hombre y la naturaleza, entre el mundo físico o material y el espiritual (La Comisión Gulbenkian coordinada por Immanuel Wallerstein, 1996, p. 4). Dentro de estos esquemas cognitivos se edificaron las ciencias sociales. A decir del Informe Gulbenkian, el impacto de estos cuestionamientos en las ciencias sociales se centran en el señalamiento de la crisis en la epistemología nomotética en el ámbito de las ciencias físicas, además de los desarrollos teóricos que han acentuado la importancia de la no linealidad sobre la linealidad, la complejidad sobre la simplificación, la imposibilidad de aislar por completo al observador del fenómeno observado y, la superioridad de las interpretaciones cualitativas sobre la precisión cuantitativa. Esto puso en crisis no sólo los

supuestos de la teoría social y sus premisas epistemológicas positivistas, sino también los propósitos fundantes de la organización de las ciencias sociales, su fragmentación en disciplinas independientes y los criterios de su profesionalización; por lo que los desafíos que enfrentan las ciencias sociales se refieren a la incorporación de la teoría freudiana, el eurocentrismo, la construcción social del tiempo, la cuestión de la complejidad, el feminismo, y la modernidad.

Con señalamientos que apuntan en un sentido similar pero con sus propios matices y paralelamente a este enfoque emanado del citado informe, la obra del pensador francés Edgar Morin como reacción al paradigma simplificador⁴ desarrolla el llamado paradigma de la complejidad⁵. El paradigma de la complejidad argumenta que el conocimiento no es el

⁴ El paradigma simplificador tiene como principios: 1)el principio de universalidad que piensa a la ciencia como aquella que sólo aborda lo general; 2)eliminar la irreversibilidad temporal y el carácter histórico de los fenómenos, esto es, buscar el establecimiento de un conocimiento lineal y progresivo con una explicación causal atemporal ; 3)reducir el conocimiento del conjunto o del todo al conocimiento de las partes simples o unidades elementales; 4)reducir el conocimiento de las organizaciones a los principios del orden (leyes, constantes) propios de estas organizaciones; 5)promover una causalidad lineal superior y exterior a los objetos; 6)impulsar el predominio de una soberanía absoluta del orden inquebrantable y sin contradicciones donde el determinismo es universal e impecable; 7)privilegiar el aislamiento o disyunción del objeto respecto a su entorno; 8)pensar que la objetividad se alcanza con la disyunción absoluta entre el objeto y el sujeto que lo percibe y teoriza; 9)eliminar la problemática del sujeto en el conocimiento científico; 10)con la cuantificación y la formalización son eliminados también el ser y la existencia; 11)el no se concebir a la autonomía por obstaculizar la explicación causal; 12)fomentar la fiabilidad absoluta de la lógica para establecer la verdad intrínseca de las teorías, de lo contrario, toda contradicción conduce al error; 13)el pensamiento debe denotar ideas claras y netas en un discurso monológico.

⁵ Mientras que los principales principios del paradigma de la complejidad son: 1)no descartar el principio de la universalidad por tener validez, pero argumentar que es insuficiente porque la realidad no es universal y porque existe la necesidad de recuperar la particularidad del conocimiento científico; 2)reconocer e integrar la irreversibilidad en toda problemática organizacional tomando en cuenta la introducción de la historia, el tiempo y el evento en toda explicación; 3)reconocer que es imposible aislar las unidades elementales simples en la base del universo físico, esto es, busca incorporar el conocimiento de las unidades a los conjuntos que lo constituyen, es la formación del principio hologramático indicador de que no sólo la parte está en el todo, sino que también el todo está en la parte; 4)no es posible reducir el conocimientos a la explicación del orden, a la reducción del orden a las leyes, esto es, la problemática de la organización y lo que perturba su orden se presenta como inevitable; 5)argumentar que la causalidad no es lineal sino compleja, mutua e interrelacionada con interretroacciones, retrasos, interferencias, desviaciones y reorientaciones, introduciendo además que el principio de la recursividad organizacional se gesta donde los resultados y los efectos son al mismo tiempo causas y motivaciones de aquello que los genera; 6)los fenómenos son considerados a partir de una dialógica incluyente que vincula principios contrarios como orden/desorden/interacciones/organización; 7)más que aislarse y distanciarse el objeto de su entorno, se privilegia una distinción entre ambos y se considera que en el objeto están contenidas las características y expresiones del entorno; 8)pensar que la objetividad se basa en la relación entre el sujeto observador/teorizador y el objeto observado/teorizado, dicha objetividad supone de manera integral al sujeto que se incorpora al observar, experimentar y teorizar; 9)señala la necesidad y demanda una teoría científica del sujeto; 10)introducir y reconocer física, biológica y epistemológicamente las categorías de ser y existencia; 11)reconocer científicamente la noción de autonomía; 12)reconocer los límites de la lógica dentro de los sistemas formales complejos cuya consistencia es puesta en duda; 13)señalar que la realidad misma aparece como contradictoria, por lo que es preciso pensar en forma dialógica y mediante macroceptos que unan categorías antagónicas para complementarlas (Morin 1999 y 2001; Méndez Sánchez,

espejo de las cosas o del mundo exterior, pues todas las percepciones son a la vez traducciones y reconstrucciones cerebrales, a partir de estímulos o signos captados y codificados por los sentidos; el conocimiento en forma de palabra, de idea, de teoría, es el fruto de una traducción/reconstrucción mediada por el lenguaje y el pensamiento y por ende conoce el riesgo de error. (Morin, 1999). Este mismo autor señala que “hay dos paradigmas opuestos concernientes a la relación *hombre <-> naturaleza*. El primero incluye lo humano en la naturaleza, y cualquier discurso que obedezca a este paradigma hace del hombre un ser natural y reconoce la «naturaleza humana». El segundo paradigma prescribe la disyunción entre estos dos términos y determina lo que hay de específico en el hombre por exclusión a la idea de naturaleza. Estos dos paradigmas opuestos tienen en común la obediencia de ambos a un paradigma aún más profundo que es el paradigma de simplificación, el cual ante cualquier complejidad conceptual, prescribe bien sea la reducción (aquí de lo humano a lo natural) o la disyunción (aquí entre lo humano y lo natural). Uno y otro paradigma impiden concebir la *unidualidad* (natural <->cultural, cerebral <-> psíquica) de la realidad humana e impiden igualmente concebir la relación a la vez de implicación y de separación entre el hombre y la naturaleza” (Morin, 1999, pp. 8 y 9). En el paradigma cartesiano existe una disociación que contempla sujeto/objeto, alma/cuerpo, espíritu/materia, calidad/cantidad, finalidad/causalidad, sentimiento/razón, libertad/determinismo, existencia/esencia, teniendo para cada parte una esfera de reflexión y análisis [la filosofía o la investigación reflexiva por un lado y la ciencia o la investigación objetiva por otro, con lo cual se tiene una doble visión del mundo: “por un lado, un mundo de objetos sometidos a observaciones, experimentaciones, manipulaciones; por el otro, un mundo de sujetos planteándose problemas de existencia, de comunicación, de conciencia, de destino” (Morin, 1999, p. 9), a lo que ha conducido esta disyunción es a una parcelación y compartimentación de los saberes que impide visualizar «lo que está tejido en conjunto»].

Pero ¿qué es la complejidad? La complejidad es el tejido de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones, azares, que constituyen nuestro mundo fenoménico. Así es que la complejidad se presenta con los rasgos inquietantes de lo enredado, de lo inextricable, del desorden, la ambigüedad, la incertidumbre... De allí la

2001). En suma, el paradigma de la complejidad se presenta como una problemática, como la incitación a una nueva actitud para enfrentar la construcción del conocimiento, y como motivación para la constitución de una nueva relación entre el sujeto y la realidad.

necesidad, para el conocimiento, de poner orden en los fenómenos rechazando el desorden, de descartar lo incierto, es decir, de seleccionar los elementos de orden y de certidumbre, de quitar ambigüedad, clarificar, distinguir, jerarquizar... (Morin, 1999); Morin insiste en que no se trata de creer que la complejidad conduce a la eliminación de la simplicidad, puesto que la complejidad aparece allí donde el pensamiento simplificador falla, pero integra en sí misma todo aquello que pone orden, claridad, distinción, precisión en el conocimiento. Mientras que el pensamiento simplificador desintegra la complejidad de lo real, el pensamiento complejo integra lo más posible los modos simplificadores de pensar, pero rechaza las consecuencias mutilantes, reduccionistas, unidimensionales y finalmente cegadoras de una simplificación que se toma por reflejo de aquello que hubiere de real en la realidad.

Regresando a las ciencias sociales, “el empirismo positivista, con sus artificiales e increíbles líneas divisorias entre Estado, sociedad y economía; así como entre pasado y presente; y con su arbitraria fragmentación del objeto de estudio, ha llegado a una crisis terminal” (Borón, 2000, p. 470). Las premisas de este positivismo son el símil que se hace de la sociedad con la naturaleza, así como el afirmar que ambas se rigen por leyes naturales independientes de la voluntad y acción humanas. La crisis de las ciencias sociales debe replantearse como la crisis de este paradigma positivista, el cual concibe a la sociedad como una yuxtaposición de partes diferentes que en su existencia histórica concreta pueden combinarse de distintas maneras. Es una legalidad universal que se reduce al tránsito de lo tradicional a lo moderno.

Es más, la evidente existencia de esta crisis teórica en las ciencias sociales se expresa en una “inadecuación del conocimiento científico social a su momento histórico” (Zemelman, 1996, p. 237), que en el fondo tiene en el análisis a la ausencia de la historicidad de los fenómenos, así como el límite de lo que es conocer, de lo que es pensar científicamente para construir teorizaciones sobre la realidad social.

Esta inadecuación del conocimiento la atribuimos a dos fenómenos propios de la construcción teórica: primero, y retomando a la *Filosofía del derecho* de G. W. F. Hegel y a su inspiradora metáfora de el *búho de Minerva* que despliega sus alas para emprender el vuelo al caer del crepúsculo, se señala que la filosofía, la teoría y la ciencia encarnadas en este búho siempre “llegan tarde” y se constituyen como conocimiento después de que la

realidad social genera los fenómenos y las condiciones propicias para la reflexión del sujeto que teoriza; esto es, existe un retraso, un retardo inevitable de la teoría respecto a la realidad social, y en el momento en que este conocimiento aprehende esta realidad, inmediatamente se torna insuficiente ante el dinamismo y devenir de la sociedad; por lo que la ciencia social estará en una crisis permanente por ese retardo que le imposibilita poner al día a la teoría a partir de los acontecimientos que se presentan; imposibilidad que se agrava si se piensa que el construir conocimiento preciso implica esperar la fluidez y maduración de estos acontecimientos, visualizar cómo se insertan en la dinámica de la historia de las sociedades e identificar sus regularidades y singularidades para posteriormente conceptualizarlos y categorizarlos; la acción contraria a esto, colocaría a la ciencia social en un análisis de coyuntura al estilo periodístico que sólo se limita a la narración y crónica de los fenómenos.

En un segundo plano, dentro de la ciencia y en especial de la teoría social, los conceptos y categorías empleados para el análisis no logran aprehender del todo a la complejidad de la realidad, por lo que la reflejan como algo fragmentado, desarticulado, distorsionado y estático, sin tomar en cuenta que esta es un todo articulado, heterogéneo, diferenciado y dinámico que no requiere de alguna fórmula que sea básica para englobarla y encerrarla toda; quedándoles a los científicos sociales la obligación permanente de descubrir pautas y tendencias de validez general, tomando en cuenta que el análisis no resulta completo pues existe siempre algo más en el fondo que es necesario visualizar y que con mucho, rebasa a los conceptos y categorías establecidos.

Estas dos limitaciones que nos atrevemos a llamar *estructurales y consustanciales a todas las ciencias sociales del mundo* en gran medida colocan a la crisis teórica como algo permanente e incesante, y a la vez como un proceso sano, estimulante y dinamizante que agota al conocimiento para recrearlo incesantemente. A decir de Sergio Bagú, cualquier pensamiento científico deja de ser tal si no se expone a un cambio incesante, que mantenga en estado crítico todas sus ideas, las inmediatas y las permanentes; también, las ideas generales y más convincentes están sometidas al examen crítico, a un proceso de renovación que no cesa, por lo que la necesidad de poner en duda las grandes concepciones filosóficas del proceso humano no les resta validez, por el contrario, la respetabilidad científica se sustenta en el hecho de estar expuestas a una permanente crítica. “No hay

paradigma respetable en el campo de la ciencia si no está expuesto a crisis importantes. La ciencia misma deja de ser ciencia si no es capaz de transformarse desde sus raíces, en forma permanente” (Bagú, 1996, p. 23), esta acción no invalida la respetabilidad del conocimiento que se quiere superar. Es más, “todo conocimiento científico tiene raíces profundas. La sabiduría humana es una escalera incesante de construcción, en la cual cada escalón nuevo tiene necesariamente que descansar sobre los precedentes” (Bagú, 1996, p. 23). Si el paradigma científico no entra en crisis es simplemente porque no es científico; y si el paradigma es realmente científico, necesariamente tiene que estar en crisis permanente.

Ante el evidente declive del pensamiento y la teoría social latinoamericanos, Adrián Sotelo sostiene que “la crisis teórica abrió una transición crítica hacia la búsqueda de nuevos conceptos y categorías que hicieran las veces de ‘conceptos de reemplazo’, no para desplazar o sustituir a los precedentes, como se creyó, sino para enriquecerlos y ampliarlos. Esto significa que las crisis del pensamiento social son saludables, siempre y cuando sirvan para revolucionar el conocimiento profundo de los fenómenos sociales y su objeto de estudio, que son justamente las relaciones sociales” (2002, p. 12). Señala además y para el caso de América Latina que: “la crisis del pensamiento latinoamericano, abierta en la década de los ochenta, expresa la inadecuación de un conjunto de postulados, hipótesis, tesis e ideas, que se había elaborado para explicar los problemas generales y los fenómenos económicos y sociopolíticos en el contexto de las actuales transformaciones del modo capitalista de producción en el proceso de mundialización” (Sotelo Valencia, 2002, p. 9). Esta inadecuación que existe entre el conocimiento social y el momento histórico es interpretado por él como “el esfuerzo de todo investigador, colectivo, clase social o grupo, de generar los instrumentos conceptuales, metodológicos y analíticos para resolver el conocimiento esencial de los fenómenos sociales, para entrever sus tendencias y la posibilidad de transformación” (Sotelo Valencia, 2002, p. 13). Esta crisis teórica no se resuelve por decreto instrumentando “reingeniería teórica” para *comenzar de nuevo*, lo que se necesita es la rearticulación de las líneas maestras del pensamiento social y de las ciencias sociales latinoamericanas para proyectarlos creativamente en el conocimiento profundo de la esencia y la forma de los fenómenos sociales que se perfila en este inicio de siglo (Sotelo Valencia, 2002, p. 16).

Y más en concreto, las ciencias sociales latinoamericanas se enfrentan a otras limitaciones de carácter más específico y más propias de este pensamiento, y que son:

1)El *eurocentrismo*, o lo que en su versión más amplia al incluir los saberes y perspectivas estadounidenses podemos llamar como *etnocentrismo*, y que podemos distinguirlo en dos vertientes:

a)Como saber colonial articulado a la organización del poder, que presenta a un pensamiento científico cuya muestra de eficacia es la *naturalización de las relaciones sociales* con la cual se concibe que la sociedad moderna es expresión de las tendencias espontáneas, naturales del desarrollo histórico de la sociedad europea, y que en última instancia se instala como el único orden social deseable y posible (Lander, 2000, p. 11). Con la conquista del continente americano se origina la modernidad y la organización colonial del mundo, y paralelamente se genera la constitución colonial de los saberes, de los lenguajes, de la memoria y del imaginario, organizándose así la totalidad de los pueblos, del tiempo y del espacio en una gran narrativa universal donde Europa es simultáneamente el centro geográfico y la culminación del movimiento temporal (Lander, 2000, p. 16); esto es, se construye una visión universal a partir de la experiencia particular de la historia europea para realizar una lectura del tiempo y del espacio de las relaciones sociales; tenemos así como muestra de ello, a John Locke con sus argumentaciones sobre el derecho de propiedad como base jurídico/constitucional, y a la exclusión presente en la filosofía de la historia de G. W. F. Hegel donde la historia es universal a partir de la realización del espíritu universal que corre de oriente a occidente, y en la que no participan por igual todos los pueblos.

El surgimiento de las ciencias sociales tras la instauración del capitalismo y la *naturalización* de la sociedad liberal de mercado, tuvieron como eje articulador la concepción de *modernidad* caracterizada por una visión universal de la historia asociada a la idea de progreso, por una “naturalización” tanto de las relaciones sociales como de la “naturaleza humana” de la sociedad liberal capitalista, por la naturalización u ontologización de las variadas separaciones (una de tipo religioso que separa entre Dios, lo humano y lo natural; la ruptura ontológica entre cuerpo y mente, entre razón y mundo; la separación característica de la modernidad cultural que distingue entre población en general y el mundo de los especialistas) propias de esa sociedad, y la necesaria superioridad de los

saberes que genera esa sociedad ('ciencia') sobre todo otro saber (Lander, 2000, p. 22). Estas ciencias sociales presentan un metarrelato universal que conduce a los pueblos hacia lo moderno, dejando atrás lo tradicional, con formas de conocimiento pensadas como las únicas válidas, verdaderas, objetivas y universales, esto es, con categorías, conceptos, explicaciones, enfoques, métodos, esquemas cognitivos y perspectivas que se tienen como los únicos para el análisis de la realidad social y como las necesarias para definir normativamente el *deber ser* de todos los pueblos del mundo. "Con las ciencias sociales se da el proceso de *cientifización* de la sociedad liberal, su objetivación y universalización, y por lo tanto, su *naturalización*" (Lander, 2000, p. 24), por lo que se produce una diferenciación básica entre las sociedades que tienen la verdad y otras que no la tienen. Es más, "...es posible afirmar que, en todo el mundo ex-colonial, las ciencias sociales han servido más para el establecimiento de contrastes con la experiencia histórico cultural universal (*normal*) de la experiencia europea, (herramientas en este sentido de identificación de carencias y deficiencias que *tienen* que ser superadas), que para el conocimiento de esas sociedades a partir de sus especificidades histórico culturales" (Lander, 2000, p. 25).

b) En una segunda vertiente que visualiza otro de los rostros del *etnocentrismo* y que es necesario para ampliar y comprender la anterior expresión, es aquella que nos atrevemos a enunciar como una *sombra teórico/epistemológica* consistente en atribuir esta condición eurocéntrica o etnocéntrica al mismo científico social latinoamericano que se muestra incapaz y falto de creatividad e imaginación para pensar la región con conceptos y categorías propios. No se trata solo de pensar tal como lo hace Edgardo Lander de que "las miradas externas propiamente *coloniales* y la aflicción por la diferencia han sido ampliamente hegemónicas [...] El continente es pensado desde una sola voz, a partir de un solo sujeto: blanco, masculino, urbano, cosmopolita. El resto, la mayoría, es un 'otro' bárbaro, primitivo, negro, indio, que nada tiene que aportar al futuro de estas sociedades" (1998, p. 87); el problema es mucho más complejo, menos dramático y con un mayor número de actores involucrados: el eurocentrismo y más ampliamente, el etnocentrismo, no radican en una imposición o conspiración realizada por los científicos sociales de los países del norte, pues estas teorizaciones no son deliberadamente diseñadas e instrumentadas por pensadores de la talla de Anthony Giddens, Fernand Braudel, Jürgen Habermas o Immanuel

Wallerstein, ya que ellos crean teoría influidos por su contexto histórico inmediato, influidos por su espacio y su tiempo, su biografía y sus estructuras e instituciones. Ellos por supuesto, no tienen entre sus preocupaciones científicas el pensar a América Latina, el encontrar sus especificidades y el problematizarla como objeto de estudio; esas labores les corresponden a los científicos sociales nativos de la región que con sus propios conceptos y categorías comprendan e interpreten su realidad inmediata. No se trata de negar al eurocentrismo como saber colonial, sino que se trata de complementar su abordaje pensando en la responsabilidad de las ciencias sociales latinoamericanas que hacen eco al pensamiento de otras latitudes para insertarlo en la explicación de su propia realidad y para pensarla a partir de temáticas, categorías y métodos ajenos.

2)El olvido, el abandono, el rechazo por los progresos teóricos registrados en la región en épocas anteriores (nos referimos al abundante pensamiento social inspirado en el marxismo y que derivó de manera más acabada en la teoría de la dependencia⁶); algunos casos son caracterizados por una especie de *vergüenza* hacia ciertos objetos de estudio y temáticas y por una acentuada creencia consistente en pensar que con la caída de los

⁶ La actualidad de la teoría de la dependencia no solo se verifica por la proliferación y difusión de este enfoque en lugares del Caribe, África, Asia y los Estados Unidos, sino porque la teoría de la dependencia señaló las tendencias a la exclusión creciente, el aumento de la concentración económica y la desigualdad, fenómenos que hoy en día se exageran con el predominio del capital financiero internacional y con la avanzada del progreso evolutivo de la revolución científico-técnica, esto es, hoy en día se ve favorecido el crecimiento de la exportación industrial en los países dependientes de desarrollo medio, mientras que en los países centrales se acentúa la especialización en la tecnología de punta sustentada en el conocimiento y la información, todo lo cual ha aumentado las distancias entre ambos ámbitos. También cobra actualidad este enfoque al seguir existiendo la penetración del capitalismo en las zonas rurales y la consecuente expulsión de población a las zonas urbanas, al tiempo que esta urbanización se convierte en una metropolización acompañada de marginalidad y exclusión social de carácter étnico; así como al seguir existiendo el contenido de clase del Estado que hoy es subsumido por el capital financiero y presionado por la deuda pública y los intereses; al presentarse el fracaso de los países del sudeste asiático; al existir la urgencia metodológica de analizar los problemas del subdesarrollo y del desarrollo en el proceso evolutivo del sistema económico mundial; al concretarse la previsión de este enfoque respecto a la separación del mundo en bloques regionales como forma intermedia que la globalización asume para oponer resistencia al libre movimiento de capitales financieros o de las empresas transnacionales o globales, así con el resaltar la importancia de las integraciones subregionales en América Latina como un camino para la integración regional de todo el continente (Dos Santos, 1999). Esta actualidad y vigencia se ve reforzada con la perpetuación de la transferencia de excedentes de la periferia al centro del sistema mundial mediante mecanismos como la fuga de capitales, el intercambio desigual, el servicio de la deuda, las transferencias unilaterales, las utilidades netas, entre otros. Autores como Carlos Eduardo Martins y Adrián Sotelo Valencia señalan que el concepto sobre la dependencia es tan importante como el análisis de la nueva dependencia ya que conforma el pilar teórico-metodológico de una reinterpretación de la historia latinoamericana, además de que se constituye en la base para forjar nuevos instrumentos analíticos para interpretar y transformar el tipo de dependencia capitalista iniciada en la región a mediados de los años ochenta, con la subordinación de la dependencia tecnológico-industrial a la dependencia científico-tecnológica y la estructuración de una nueva división internacional del trabajo (1998, pp. 77 y 78).

“socialismos realmente existentes” fracasó también el marxismo como esquema cognitivo y programa de investigación. Sin embargo, “no se puede juzgar la importancia del pensamiento científico por las aplicaciones políticas remotas de ese pensamiento. Y, en segundo término, es apresurado juzgar la totalidad de una posición científica y filosófica a partir de ciertos esquemas conceptuales y de ciertas formas jurídicas y económicas que se fueron concretando uno o dos siglos después” (Bagú, 1996, p. 20). Pero ¿qué existe detrás de esa afirmación acusadora? en el fondo y acompañando a la crisis de los paradigmas está la llamada “crisis de la gran teoría”, la cual hace referencia a que se debe desechar toda actitud que consiste en contar con una concepción global de la marcha de la humanidad a través de los siglos, y a partir de ella, extraer conclusiones aplicables a casos concretos de la realidad contemporánea (Bagú, 1996, p. 21); “era admitir el presente tal como se presentaba y tratar de explicarlo, con lo cual la conciencia del investigador científico podía después descansar, sin entrar en un conocimiento de carácter más global, abandonando toda referencia a las raíces históricas y conformándose con conclusiones que tuvieran la posibilidad de aplicación política inmediata” (Bagú, 1996, p. 22).

Sin embargo, la crisis del marxismo es tan antigua como su propia historia y sólo los dogmáticos piensan que su pensamiento no puede entrar en una crisis que suponga la contrastación entre las ideas y el mundo exterior rechazando el dogma que se dice incorregible e inmune a estas crisis. Más en el fondo aún, “es natural que en una época como la actual, tan densa en acontecimientos históricos, ningún *corpusteórico* pueda sustraerse a sus efectos corrosivos” (Borón, 1997, p. 305). Por lo que no sólo el marxismo sino incluso aquellos paradigmas como el estructural-funcionalismo puntualmente criticado por C. Wright Mills (1997) y Alvin Gouldner (1973) han entrado constantemente en crisis.

3) Las dificultades para lograr aprehender la totalidad articulada y diferenciada de la región latinoamericana conjuntando un análisis apoyado en el pensamiento dialéctico y que tenga como propósito la vinculación entre la organización y el actor partiendo de la tesis de que la primera es resultado de la interacción de los individuos y de las posibilidades de estructuración de sus intereses, motivaciones, actitudes y aptitudes, mientras que el segundo sólo puede recrearse y reproducirse socialmente dentro de las organizaciones e instituciones; y contemplar así la redefinición de los actores o la aparición de otros nuevos en su constante contribución a la creación de la historia humana al tiempo que se rehacen y

se redefinen en el transcurrir de ella, por lo que nos atrevemos a pensar que esta historia es resultado de la evolución de las estructuras socioeconómicas y culturales, así como de las convergencias y contradicciones entre los intereses y motivaciones de estos actores involucrados (Enríquez Pérez, mimeo, 2002). Actor social y organización son categorías necesarias para vincularlas y abordar la dinámica y contradicciones de la “sociedad global”, así como las especificidades que adquiere América Latina al insertarse en ésta y redefinirse.

5.- Consideraciones finales.

Las ciencias sociales latinoamericanas además de las antes expresadas dificultades teórico/epistemológicas e ideológicas como es el caso del neoliberalismo y el posmodernismo, se enfrentan a desafíos político/institucionales como lo que en las décadas pasadas fue el constante acoso de los Estados Contrainsurgentes del cono sur, y más en la actualidad la presencia de varios factores como los señalados por Atilio A. Borón: a) la crisis de la “forma universidad” como marco institucional en el cual se llevan a cabo las tareas de enseñanza, aprendizaje e investigación de las ciencias sociales; b) la participación que tienen algunas instituciones no académicas como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, los gobiernos y ciertas fundaciones privadas en la elaboración de la agenda de investigaciones de las ciencias sociales y en el financiamiento de las mismas; c) el lastre antiteórico del saber convencional, potenciado por las exigencias del mercado de trabajo de los científicos sociales que premia el conformismo y las actitudes “pragmáticas y realistas” y castiga con el desempleo al espíritu crítico y la inclinación teórica; d) la gravitación que ha adquirido el “practicismo” exigido por las más importantes formas de financiamiento, lo cual desnaturaliza la labor de los científicos sociales al colocarlos como trabajadores sociales de las masas excluidas y vulnerables; y e) las consecuencias que se desprenden del ciclo garbage in, garbage out resultante de las condiciones adversas en las que se realizan la investigación y la docencia (desde presupuestos insuficientes, bajos salarios, etc.), lo cual condiciona negativamente la calidad de la producción intelectual (2000. pp. 459 y 460). Además de la constante presencia en los medios masivos de comunicación de un aparato institucional que se enfoca como un discurso capaz de

interpretar la realidad sociopolítica bajo el mando de pensadores ligados a los grupos hegemónicos de los países, lo cual se convierte en un discurso que relega y margina a las interpretaciones realizadas en las ciencias sociales.

Una tensión más se presenta en la confrontación de una ciencia social enfocada a la ingeniería social que maneja el conocimiento técnicamente utilizable debatiendo solo los medios y no los fines, y otra enfocada a desarrollar las condiciones teórico/metodológico/institucionales para privilegiar su perfil intelectual crítico (Germaná, 2001), lo cual se enmarca en un debate que gira en torno a la dicotomía profesión/vocación, el cual va acompañado de otro que presenta la alternativa teoría/investigación empírica, el cual muchas veces se convierte en una falsa disyuntiva si pensamos en la complementación de ambas. Respecto a este problema de la identidad de la ciencia y de su campo de cultivo, se encuentra una definición en los elementos subjetivos de sus practicantes, es decir, los “valores, actitudes, lealtades y orientaciones de los practicantes, son inseparables del conocimiento o arte que cultivan y ofician” (Valencia, 1989, p. 13). Retomando a Robert Lind, Valencia señala que los dos tipos de estudiosos de las ciencias sociales son “el *erudito*, alejándose de los problemas inmediatamente pertinentes, y en ocasiones perdiéndolos de vista; el técnico, definiendo con suma frecuencia sus tareas en una relación miope y demasiado estrecha con el ambiente institucional dado en cada ocasión” (Valencia, 1989, pp. 14 y 15). Con esta tensión se han restringido corrientes, escuelas, espacios de acción, concepciones teóricas, hipótesis y modelos para investigar y enseñar... Y también dignidad e interioridad personales, pues en el fondo se encuentra una crisis de identidad revelada por la crisis del pensamiento crítico y de su poder como reflejo, con lo que las ciencias sociales pierden su capacidad autocrítica y por lo tanto su potencialidad renovadora (Valencia, 1989, p. 15).

Más en el fondo aún, la crisis del Estado benefactor y del Estado desarrollista en el caso de América Latina, el dominio del pensamiento neoconservador, la crisis del socialismo real y de la utopía que lo sostenía, el mismo resquebrajamiento del capitalismo como modo de producción y como proceso civilizador, han puesto en duda el valor y utilidad del pensamiento de las ciencias sociales y el papel y actitud de sus practicantes; por lo que nos atrevemos a enunciar hipotéticamente y con un inmenso temor a equivocarnos, que detrás de la crisis teórica de las ciencias sociales está (pero no sólo) la crisis de la

sociedad y la incertidumbre derivada de ella. Esto es, el resquebrajamiento y reconversión que está sufriendo el mundo contemporáneo torna insuficientes los instrumentos teórico/epistemológicos utilizados en épocas previas, lo cual se agudiza con la confusión y sorpresa de los sujetos que intentan teorizar en una realidad social marcada por su rumbo volátil e incierto.

La presencia en la región de unas ciencias sociales caracterizadas por el predominio del esquema cognitivo del positivismo en sus varios enfoques tienen enfrente una serie de desafíos pendientes que le plantean una severa reformulación, sobretodo si pensamos que la realidad social se polariza y que las grandes transformaciones del mundo están constituyendo una nueva estructura de poder global que está redefiniendo el rumbo del sistema mundial. En referencia a la sociología surgen también inquietudes como las siguientes: “se tendría la impresión de que la sociología como disciplina que busca comprender/explicar la vida de los seres humanos en sociedad, es una ciencia en bancarrota y que estaría irremediablemente condenada a desaparecer. ¿Para qué intentar su recuperación?” (Germaná, 2001, p. 11). Pero en última instancia es necesario reconocer que “que existen indicaciones precisas de que estamos viviendo un extendido proceso de reestructuración del conjunto de la vida social, tanto en sus aspectos materiales como en sus aspectos intersubjetivos, incluyendo las formas de conocimiento, como la sociología. Nuestra disciplina está atravesada por una profunda crisis en la medida en que las teorías, los conceptos y los fundamentos epistemológicos con los que fue construida y que continúan actuando prácticamente en la investigación sociológica dominante, no pueden ofrecernos en la actualidad una imagen adecuada de una sociedad profundamente renovada en sus aspectos fundamentales. El tipo de problemas planteados y las formas de organizar las respuestas a esas cuestiones no permite elaborar una imagen global y coherente de la sociedad que dé cuenta de los modos de organización y de las tendencias de cambio de la sociedad contemporánea. En consecuencia, la sociología ha sido afectada en su núcleo básico: su capacidad para comprender y/o explicar la sociedad. Esta angustiosa comprobación ha planteado la perentoria exigencia de reconstruir los supuestos epistemológicos y organizativos de nuestra disciplina” (Germaná, 2001, p. 2).

Estas diversas e inmensas problemáticas planteadas a lo largo de la presente investigación en torno a la construcción del conocimiento sobre América Latina nos incitan

a preguntarnos ¿cuáles son las especificidades contemporáneas de la realidad social de la región ante la dinámica global y ante la redefinición y surgimiento de los actores? ¿cómo abordarlas? ¿con qué herramientas teórico/metodológico/epistemológicas aprehenderlas? y ¿qué ciencia social es la necesaria para el siglo XXI y para la acentuada incertidumbre que experimenta la región? Estas y otras interrogantes logran respuesta si resurge el diálogo al interior de las ciencias sociales y se superen los constantes dogmatismos teórico/metodológicos mucho más desafiantes y amenazantes que un posible eclecticismo.

Bibliohemerografía.

*Bagú, Sergio, “La incidencia de la experiencia histórica sobre la teoría del conocimiento de lo social”, Monterrey, Revista Deslinde, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León, No. 26-27, octubre de 1989-marzo de 1990.

*_____, “Vivir la realidad y teorizar en ciencias sociales”, México, Revista Estudios Latinoamericanos, Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, núm. 4, Nueva Época, año 2, julio-diciembre, 1995, pp. 7-17.

*_____, “La crisis como criterio de verdad”, en *La teoría social latinoamericana. Cuestiones contemporáneas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México y Ediciones El Caballito, 1996, Primera Edición, pp. 19-23.

*_____, “Catástrofe política y teoría social”, México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México y Siglo XXI Editores, Primera Edición, 1997.

*Borón, Atilio A., “Estado, capitalismo y democracia en América Latina”, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Tercera Edición, 1997, 335 pp.

*_____, “¿Una ciencia social para el siglo XXI”, México, Revista Estudios Sociológicos, El Colegio de México, Vol. XVIII, núm. 53, mayo-agosto, 2000, pp. 459-478.

*Cardoso, Fernando Henrique, y Falleto, Enzo, “Dependencia y desarrollo en América Latina”, México, Siglo Veintiuno Editores, Primera Edición, 1969.

*Dos Santos, Theotonio, “La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina” en Helio Jaguaribe, Et. Al., *La dependencia político-económica de América Latina*, México, Siglo Veintiuno Editores, Decimoctava Edición, 1984.

*_____, “De la dependencia al sistema mundial. Balance y perspectivas”, México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la U.N.A.M., Primera Edición, 1999, 79 pp. Incluido también en: “A teoría da dependencia: balanço e perspectivas, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, Primera Edición, 2000.

*Enríquez Pérez, Isaac, “El proceso de desarrollo, el Estado y las transformaciones de las políticas sociales ante la globalización”, en *Globalización: Revista mensual de economía, sociedad y cultura*, julio de 2002, <http://rcci.net/globalizacion>; en Observatorio de la Economía Latinoamericana, Universidad de Málaga, <http://www.eumed.net/cursecon/ecolat/mx/index.htm>

*_____, “Algunos pendientes en torno a la teorización sobre la transformación del empresariado y la toma de decisiones en la era de la globalización”, mimeo, 2002, de próxima publicación.

*Germaná, Cesar, “Los dilemas de la sociología en el Perú”, *Revista Electrónica de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS)*, 2001, www.udec.cl/alas/index2.htm

*Germani, Gino, “Política y sociedad en una época de transición”, Buenos Aires, Editorial Paidós, Primera Edición, 1966, 371 pp..

*_____, “Sociología de la modernización”, Buenos Aires, Editorial Paidós, Primera Edición, 1969.

*Giménez, Gilberto, “En torno a la crisis de la sociología” en *Sociológica*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, año 7, no. 20, 1992, pp. 13-30.

*González Casanova, Pablo, “La crisis del mundo actual y las ciencias sociales en América Latina” en *Acta Sociológica*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, año 3, no. 3, 1990, pp. 93-102.

*_____, “Reestructuración de las ciencias sociales: hacia un nuevo paradigma”, en Roberto Briceño-León y Heinz R. Sonntag, *Pueblo, época y desarrollo: la sociología de América Latina*, Caracas, Editorial Nueva Sociedad, Primera Edición, 1998, pp. 135-149.

- * _____, “El interés general y las ciencias sociales” en *Acta Sociológica*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, enero-abril, 1999, pp. 63-67.
- *Gouldner, Alvin, “La crisis de la sociología occidental”, Buenos Aires, Amorrortu Editores, Primera Edición, 1973, 467 pp.
- *Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, “Filosofía del derecho”, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1975, 347 pp.
- *Ianni, Octavio, “La crisis de paradigmas en la sociología”, en *Acta Sociológica*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, vol. 4, no. 1, 1991, pp. 115-135.
- * _____, “La sociología en el horizonte del siglo XXI” en *Acta Sociológica*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, no. 13, 1995, pp. 213-230.
- *Kay, Cristóbal, “Estudios del desarrollo, neoliberalismo y teorías latinoamericanas”, en la *Revista mexicana de Sociología*, México, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, año LV, Julio-Septiembre, no. 3, 1993, pp. 31-48.
- *Lander, Edgardo, “Eurocentrismo y colonialismo en el pensamiento social latinoamericano”, en Roberto Briceño-León y Heinz R. Sonntag, *Pueblo, época y desarrollo: la sociología de América Latina*, Caracas, Editorial Nueva Sociedad, Primera Edición, 1998, pp. 87-96.
- * _____, “Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos” en Edgardo Lander (Compilador), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), Primera Edición, 2000, pp. 11-40.
- *Marini, Ruy Mauro, “América Latina: Democracia e integración”, Caracas, Editorial Nueva Sociedad, Primera Edición, 1993.
- *Martins, Carlos Eduardo y Sotelo Valencia, Adrián, “La teoría de la dependencia y el pensamiento crítico brasileño (Crítica a Luiz Carlos Bresser y a Guido Mantega)”, México, *Revista Aportes*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, no. 7, Enero-Abril, 1998, pp. 73-93.
- *Méndez, Sánchez, Leonardo, “Una aproximación a la construcción del conocimiento desde una perspectiva compleja. Alternativas para la relación entre ética, educación y conocimiento”, México, Mimeo, 24 de abril de 2001.

- *Mills, C. Wright, "La imaginación sociológica", México, Fondo de Cultura Económica, Segunda Edición, 1997 (Primera Edición en Inglés: 1959), 236 pp.
- *Morin, Edgar, "Los siete saberes necesarios para la educación del futuro", París, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), Primera Edición, 1999, 60 pp.
- * _____, "Introducción al pensamiento complejo", Barcelona, Editorial Gedisa, Primera Edición, 2001 (Primera Edición en Francés: 1990), 167 pp.
- *Osorio, Jaime, "Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana", México, Triana Editores, Primera Edición, 1995.
- *Putnam, Robert, "Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy", Princeton University Press, 1993a.
- * _____, "The prosperous community: social capital and public life", *The American Prospect* 13, spring, 1993b.
- *Sen, Amartya, "Capacidad y bienestar", en Martha C. Nussbaum y Amartya Sen (Compiladores), "La calidad de vida", México, The United Nations University y Fondo de Cultura Económica, Primera Edición, 1996, 588 pp.
- * _____, "Desarrollo y libertad", Barcelona, Editorial Planeta, Primera Edición en Español, 2000.
- *Sorj, Bernardo, "Crisis social y crisis de las ciencias sociales en Brasil" en la Revista mexicana de Sociología, México, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, año LIII, Enero-Marzo, no. 1, 1991, pp. 107-120.
- *Sotelo Valencia, Adrián, "La crisis de los paradigmas y la teoría de la dependencia", México, Revista Dialéctica, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, año 19, Nueva Época, no. 28, Invierno de 1995/1996, pp. 18-39.
- * _____, "Coordenadas de una crisis. Pensamiento social y sociología del trabajo en América Latina", México, Revista Trayectorias, Universidad de Nuevo León, año 4, núm. 9, Mayo-Agosto de 2002, pp. 9-21.
- *Torres-Rivas, Edelberto, "Retorno al futuro: las ciencias sociales vistas de nuevo", en Acta Sociológica, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, vol. III, núm. 2, mayo-agosto de 1990, pp. 129-143.

*Valencia, Enrique, “La crisis de las ciencias sociales en México”, México, Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, no. 135, 1989, pp. 13-17.

*Wallerstein, Immanuel (Coordinador), “Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales”, México, Siglo Veintiuno Editores y Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la U.N.A.M, Primera Edición, 1996, 114 pp.

*_____, “El legado de la sociología, la promesa de la ciencia social”, Caracas, Editorial Nueva Sociedad, Primera Edición, 1999.

*Zemelman, Hugo, “Hacia una reflexión sobre las ciencias sociales en América Latina”, en Estudios Latinoamericanos, México, Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, núms. 6 y 7, Enero-Diciembre, 1989, pp. 11-17.

*_____, “El paradigma del pensamiento crítico” en *La teoría social latinoamericana. Cuestiones contemporáneas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México y Ediciones El Caballito, 1996, Primera Edición, pp. 233-244.